

La Ilustración Artística



Año XIX

← BARCELONA 27 DE AGOSTO DE 1900 →

Núm. 974

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RETRATO DEL BRIGADIER DE INGENIEROS D. IGNACIO GARCINI, pintado por Goya

SUMARIO

Texto. — *El payaso*, por José Juan Cadenas. — *Fe y amor*, por Ricardo J. Catarineu. — *Una relación inconveniente en el «Quijote» de Avellaneda*, por José María Sbarbi. — *El argumento de la ópera*, por Eduardo de Palacio. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *Los dos pilletes*, novela ilustrada (continuación). — *Islas Filipinas.* — *Isla de Luzón. Manantial denominado Bumbunga.* — *Los proyectiles humanitarios en las guerras recientes ó actuales.* — *Una granja de mariposas.* — Libros enviados á esta Redacción.

Grabados. — *Retrato del brigadier de ingenieros D. Ignacio Garcini*, pintado por Goya. — Dos dibujos de F. Mota que ilustran el artículo titulado *Fe y amor*. — El notable pianista catalán *Alejandro Ribó.* — *Conflicto chino. Vista del barrio chino en la ciudad de Pekín.* — *Templo de los quinientos genios en Cantón.* — *Monza. Dormitorio del rey Humberto en el real palacio.* — *Llegada del rey Víctor Manuel III.* — *Vagón fúnebre en que fué trasladado el cadáver de Humberto I desde Monza á Roma.* — *Panteón de Agripa, en Roma, en donde ha sido enterrado Humberto I.* — *Corona de hierro que se custodia en el tesoro de la catedral de Monza y que fué colocada en la capilla ardiente de Humberto I.* — *¡Buenos días!*, cuadro de E. Klimsch. — *En la playa*, dibujo de Huertas. — *El general coude de Waldersee*, nombrado generalísimo de los ejércitos aliados en China. — *D. Carlos de Borbón*, hijo segundo del conde de Caserta. — *Islas Filipinas. Isla de Luzón. Provincia de la Laguna.* — *Pintoresco paisaje en donde se encuentra el manantial denominado Bumbunga.* — *Interior de dicho manantial.* — *Vista parcial del pueblo de Nagcarlang y general de los montes de San Pablo.* — *A campo traviesa*, cuadro de Francisco Miralles.

EL PAYASO

I

Magos y nigromantes consultados por el rey constantemente, en vano rebuscaban en las profundidades de su ciencia el remedio para combatir el mal que poco á poco iba minando la salud de la joven princesa.

La princesa languidecía, la princesa estaba cada día más pálida; aquella hermosura juvenil fbase marchitando rápidamente y no se encontraba la causa de su enfermedad ni el medio de atajarla.

Las rosas de sus mejillas mucho tiempo hacía que habían desaparecido, y su linda cabecita, siempre inclinada sobre el pecho, parecía la corola de una flor que el huracán agostara cruel.

La corte entera desvivíase por proporcionarla nuevos espectáculos y distracciones originalísimas; pero la princesita contemplaba todo con la mayor indiferencia y no mejoraba su padecimiento, antes bien parecía aumentar.

Un día supo el rey que por las cercanías del palacio rondaba una original caravana de titiriteros, y tantas alabanzas hicieron de aquellos modestos artistas los cortesanos que presenciaron sus representaciones, que deseoso el rey de hallar una nueva distracción á su hija, mandó llamar á *Pierrot*, el jefe ó director de la *troupe* artística.

Pierrot estaba asombrado. Llevar su compañía al palacio del poderoso monarca era honor tan grande que nunca pudo soñarlo siquiera. Preparó la mejor pantomima de su vasto repertorio, la ensayó cuidadosamente, y después de aleccionar á *Colombina* y confeccionar para ella un primoroso traje lleno de lentejuelas que relucía como un brillante, dió á *Arlequín* la orden de encaminar el convoy á la residencia oficial del rey.

II

El monarca quedó prendado de *Colombina*. Una violenta pasión imposible de dominar se apoderó de su pecho desde el instante mismo en que la vió en su presencia.

Sus risas, sus canciones, aquella despreocupación y aquellas coqueterías de la joven artista hicieron tal impresión en el poderoso rey, que ya no pensó más que en hacerse dueño de aquella criatura cuyo amor sería capaz de hacer la felicidad del hombre más descontentadizo.

Entretanto en los jardines del palacio adelantaban con gran rapidez las obras para la representación de los titiriteros.

En una ancha glorieta construyeron un gran barracón que servía de habitación y dormitorios para la *troupe*, y adosada á la barraca alzabase una embocadura de escenario que tenía por fondo el hermoso bosque del jardín y por techo el firmamento. Los dormitorios, las habitaciones todas de la barraca, servían al propio tiempo de vestuario para los artistas durante la representación, y por una puerta pequeña tenían acceso al escenario.

Los modestos artistas pasaban los días anteriores al señalado para la función recomponiendo su escaso equipo, preparando rápidamente los vestidos más lindos y ensayando aquellos pasajes de la pantomima que más dificultad ofrecían.

Pierrot, en los ratos de ocio, contemplaba á *Colombina*, su amante compañera, la que en los días difíciles sabía darle ánimos y prestarle alientos para la lucha; la que compartía con él la gloria y los triunfos... cuando *Dios quería*.

Pierrot y *Colombina* se adoraban. Habían paseado su amor por tierras extrañas; á fuerza de recorrer pueblos y naciones concluyeron por no tener patria fija ni hogar seguro, y por dondequiera que iban dejaban oleadas de juventud, de placer y de alegría. *¡Pierrot* era feliz! El público de todos los países aplaudía su trabajo. El arte de la mímica es universal y en todas partes se entiende; y aplaudido, festejado y sobre todo correspondido por el objeto de su amor, veía deslizarse su vida, dichoso como pocos seres pudieran serlo en la tierra.

Mientras, los preparativos para la fiesta adelantaban rápidamente. Un numeroso cuerpo de baile, reclutado entre las más hermosas aldeanas de la comarca, recibía lecciones de *Pierrot*, á fin de que el día de la función estuvieran al corriente de cuanto habían de hacer, y *Colombina* y *Arlequín* daban los últimos repases á sus papeles respectivos.

En estos momentos era cuando el rey devoraba con los ojos á *Colombina*. Desde el balcón de su cuarto contemplaba codiciosamente las graciosas curvas y las formas primorosas de aquella criatura encantadora, y su pasión crecía y un deseo violento y desenfrenado se apoderaba de él.

III

Y llegó el día señalado para la función.

La princesita, indiferente á todos aquellos preparativos y á cuanto la rodeaba, no mostraba la menor impaciencia por presenciar aquel espectáculo contratado exclusivamente para distraer su melancolía.

Todo estaba preparado. Las invitaciones habían sido profusamente repartidas entre la corte, y aquella noche los jardines del palacio estarían llenos materialmente de invitados para presenciar la función.

Millares de farolillos, distribuidos convenientemente entre el ramaje y colocados en los grandes árboles del jardín, darían un aspecto fantástico á la fiesta.

¡Pierrot estaba encantado! Jamás había lucido sus grandes talentos de *mimo* ante una concurrencia tan selecta, tan escogida. El rey, los príncipes, los magnates, cuanto en el reino tenía significación y prestigio asistiría aquella noche á verle representar su famosa pantomima; y lleno de impaciencia y de temor á un tiempo mismo, aguardaba la hora en que daría comienzo el espectáculo.

Recorría nervioso las habitaciones de la barraca. repasaba cuidadosamente los vestidos que habían de lucir figurantas y bailarinas, y daba la última mano á todos aquellos detalles que pudieran comprometer el éxito de la representación anunciada.

Colombina, en tanto, gorjeaba como un pájaro. Alegre y descuidada, veía satisfecho á *Pierrot*, y confiaba, porque siempre le había admirado, en el talento del *mimo*, que seguramente le proporcionaría aquella noche uno de los mayores triunfos de su carrera artística.

Y la hora sonó por fin.

Lujo y riqueza exorbitantes se desparramaron por los espléndidos jardines que brillaban de manera fantástica. Ocuparon sus puestos la princesita y las damas de la corte, y después tomaron los que les estaban señalados el elemento oficial y los altos dignatarios. Súpose entonces que el rey, repentinamente indispuerto, no podía asistir á la función, pero que había ordenado que de ningún modo se suspendiera, pues tenía pensado que los titiriteros diesen varias representaciones, para lo cual se proponía retenerlos en palacio algún tiempo, y ocasión tenía por tanto de admirar en otro momento los talentos de la *troupe*.

Preparado todo ya y colocado en sus respectivos lugares el auditorio, *Pierrot* apareció por un resquicio de la embocadura, entre ésta y la cortina, y avanzando al primer término hizo un saludo ceremonioso y cortés, comenzando, luego que el silencio fué impuesto en la concurrencia, la relación del argumento de la pantomima que ellos, pobres y modestísimos artistas, iban á tener el honor de representar.

**

Pierrot ama á *Colombina*; *Pierrot* es el eterno enamorado de los eternos imposibles. Ama á *Colombina* porque es fresca y hermosa, rosada y risueña como un rayo de luna, y *Pierrot* idolatra á la luna. *Colom-*

bina es mujer, y es, naturalmente, coqueta. *Pierrot* viene á buscarla, pero en vano llama á su puerta. *Colombina* no responde. El enamorado ruega, implora, ¡ay!, en vano: su adorada no está. Ha ido en busca de un amante; un amante que la promete ricos vestidos, soberbias alhajas, trenes lujosos... ¡Oh! ¡Cuánto le gustan las alhajas á *Colombina*!... ¡Y *Pierrot* es pobre, muy pobre!... Aquel amante tan rico, tan generoso, es un marqués muy guapo, muy distinguido, muy apuesto y gentil... ¡Oh! ¡Cuánto quiere *Colombina* al marqués!... Y *Pierrot* no es guapo, no es gallardo, no es distinguido... Siempre tan pálido, tan pálido, que parece un cadáver...

¡Pierrot llora!

¡Sí, *Pierrot* llora; pero ya veréis, ya veréis qué risa produce su llanto! Los músculos de su rostro contraídos por el dolor hacen prodigios mímicos... ¡Reiréis, reiréis mucho viendo á *Pierrot* que de pálido que estaba vase tornando blanco como un sudario!

Por fin llega *Colombina*. Es rosada como una aurora y viene vestida de rosa también. Viene alegre, satisfecha, contentísima y bromea con *Pierrot*. Bromea porque le dice que le quiere, que no ama á nadie en el mundo más que á su *Pierrot* de su alma, y juguetea con él y revoltosa le contenta, le hace que deseché los negros pensamientos que le martirizan, y para convencerle, para que la alegría vuelva á su pecho... le da un beso... *¡Pierrot* enloquece de placer! ¡Un beso de *Colombina* es para él la mayor recompensa! Olvida sus sufrimientos; brinca, salta, corre toda la escena dando cabriolas...

¡Pierrot ríe!

¡Oh! Su risa provocará las vuestras, honorable público; nadie que haya visto reír á *Pierrot* ha dejado de reír también. Su risa es contagiosa; ríe con el rostro, ríe con las manos, con los pies, con todo el cuerpo, y rendido, retorciéndose, cae desvanecido al suelo, donde le bañan poco á poco los pálidos rayos de la luna, su amor imposible; la luna, la única que no le hace traición.

Cuando *Pierrot* se levanta, *Colombina* ha desaparecido. Mira en torno suyo y ve la puerta de la casa de su adorada y en la puerta dos guardias que el marqués, el amante de aquella coqueta, ha puesto de centinela para que prohiban el paso á *Pierrot* cuando éste pretenda franquear la entrada... No obstante aquel obstáculo, quiere entrar, y se acerca á la puerta, mira por el agujero de la llave y ve que el marqués salta por la ventana y penetra en la habitación de *Colombina*... *Pierrot* se desespera, lucha, pero en vano: los centinelas le impiden la entrada...

Y se presentan las hadas... Buscan á *Pierrot*, le rodean, le acarician, le miman, le festejan... Dícnle que *Colombina* es mujer, y es coqueta, y es falsa, y es traidora... Ellas no; ellas le amarán eternamente, y durante las noches de otoño, la casta luna con sus tenues rayos alumbrará sus castos amores. Y le atraen, le seducen, le arrastran, le fascinan...

Pero *Pierrot* se desprende, huye de ellas y corre á la puerta de casa de *Colombina*... ¡Oh! ¡Maldición! En aquel momento el marqués se la lleva, huye con ella por la ventana y descenden por una escala de seda... *Pierrot* quiere romper la puerta... Los centinelas le rechazan, le golpean... *Colombina* se va, se va riendo á carcajadas...

IV

Al llegar á esta situación la pantomima, *Pierrot*, en una de sus evoluciones por la escena, miró efectivamente á la puerta de la barraca, y deseando dirigir una mirada de amor á *Colombina* que estaría en su cuarto, se inclinó sobre el agujero de la llave...

Y en aquel momento vió efectivamente saltar por la ventana de la habitación al rey, que llevaba desmayada en sus brazos á *Colombina*... Todo lo comprendió... La supuesta indisposición del monarca, las miradas de los días anteriores, todo... Y loco, desesperado, echóse sobre la puerta queriendo franquearla á la fuerza... Pero los centinelas sabían cumplir las órdenes que recibían y no le dejaban acercarse... El público estaba asombrado... Jamás se vió tal propiedad, tal *verdad* en los gestos, en los ademanes...

Pierrot, rendido, golpeado, loco, no sabiendo qué partido tomar ni qué resolución adoptar entre su amor y su nombre de artista, improvisó un final á la pantomima, final que un dramaturgo envidiaría... Veloz como el rayo, arrebató de la cintura de un cortesano la espada, y cayendo de bruces sobre ella se atravesó de parte á parte el corazón...

**

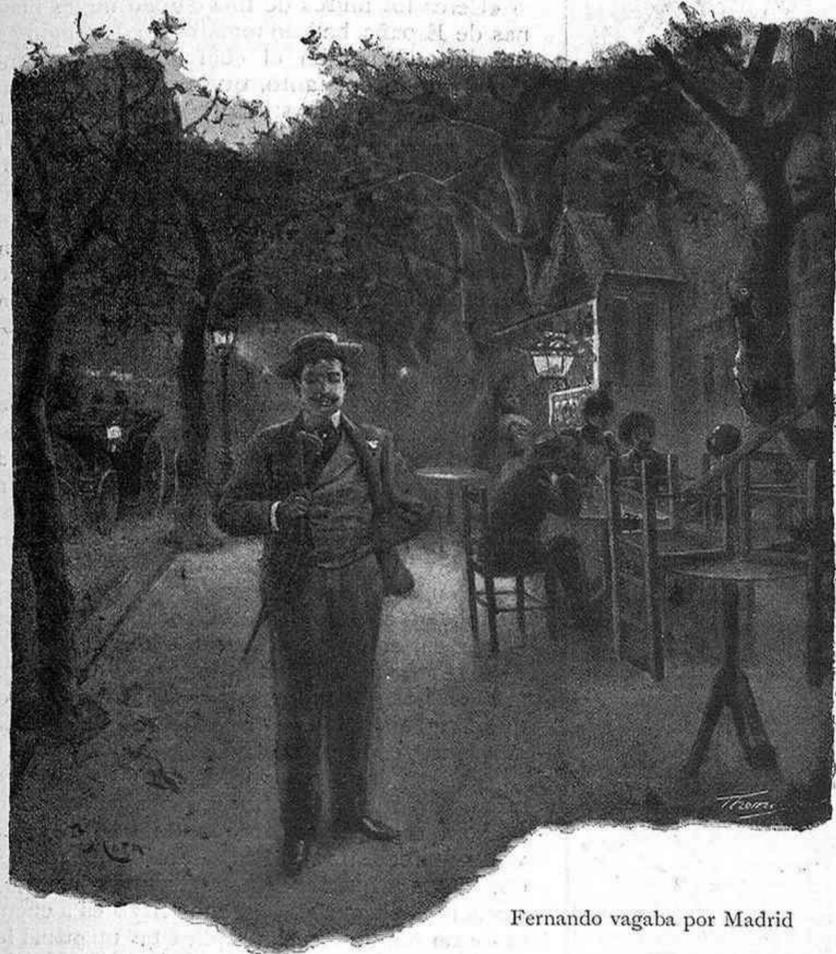
La princesa está pálida y triste; la princesa languidece... y muere.

JOSÉ JUAN CADENAS.

FE Y AMOR

I

Era noche de agosto. El calor había hecho de las suyas, y el día fué duro. No hubo asiento en tranvías, ni banco en paseos,



Fernando vagaba por Madrid

problema hasta entonces aparentemente adormecido. La pereza para un asunto redundó en diligencia para otro. La resolución estaba tomada. Abrióse la verja de l jardínillo, la campana del templo convocó á los fieles, y las puertas del sagrado recinto dejaron franca la entrada á las almas necesitadas de religiosidad y de consuelo.

Fernando penetró en la iglesia. Recordaba su primera confesión de niño. No le había causado tan intensa emoción.

II

Tuvo buena suerte, pues confesor mejor no lo habría elegido con pinzas.

Era el padre Fontela un alma de Dios, tan ingenuo como coloradote, tan dulce y suave como rollizo y sano, tan indulgente como bueno, tan alegre como justo.

En aquel hombretón sería difícil encontrar inteligencia extraordinaria, ni aguda perspicacia, ni ilustración vasta, ni viveza deslumbradora. Allí no había más que alma, todo era alma, un alma muy grande.

Ninguno menos á propósito para entablar con él laberíntica discusión teológica, ni para imponer, á guisa de correctivo enérgico é indispensable, la amenaza de todo el peso de las infernales calderas.

Pero el padre Fontela valía mucho más, infinitamente más que otros mil con fuerzas sobradas para todo eso. En desquite de las cualidades que le faltaban, podíase igualarle en fe, pero no superarle, y adornábanle en fin otras condiciones muy dignas de alabar y de ser tomadas en cuenta.

Tenía un sistema sencillo y admirable. Todo se encerraba en la indulgencia y en el buen ejemplo. Él no sabía abrir las puertas del cielo con otros resortes.

III

—¿Y por qué ha dejado usted pasar diez años sin cumplir con el sacramento de la penitencia?, preguntaba el bueno del padre Fontela al acicalado joven que de rodillas estaba á sus pies, y que lo estaba con tan noble ademán y distinción tan exquisita, que harían pensar en un rey humillado ante el severo tribunal de un pueblo justo y vencedor.

Fernando era creyente. Pertenecía á los que llamó el Santo miembros enfermos; y para el padre Fontela, excelente médico de almas, no pudo menos de ser instintivamente considerado desde el primer instante como un doliente de la voluntad.

Es muy corriente en la vida moderna, aturrullada y febril, este caso de los espíritus de innatas ideas religiosas, que llevan años enteros rezando cada noche y sin acercarse á la iglesia ningún día, y que, aun rompiendo abiertamente con la disciplina, dejan, por modo cuidadoso, guardado el dogma en arca de oro.

Fernando no era escéptico nada más que por fuera. Su alma habría podido ser retratada gráficamente en dos círculos concéntricos, de perlas y brillantes el círculo interno, y la franja envolvente de frágil barro.

Rico, joven, gallardo, encanto de las mujeres, patrón de los hombres, ¿qué podía faltarle? Talento, corazón, fortuna, simpatías, lo reunía todo. Y echaba, sin embargo, de menos algo muy substancial; la alegría de vivir.

Fernando era sencillamente un hombre aburrido, soberana é implacablemente aburrido, una voluntad muerta, un viajero de los sueños, una sombra de lo que podría y debería ser.

Robusto, firme y varonil, no teniendo tempestades en su vida, las buscaba, aun las amaba con amor de artista, y siempre en pos de algo que le alejase el esplín, aceptaba los vicios con negligente error como sucedáneo de las virtudes, y si prefería las mujeres libres á las recatadas era porque se consideraba materia más propia para hacerse desgraciado él que para hacerlo á ellas; y si jugaba, pensaba á trechos que no era culpa suya, sino de los que hicieron las monedas redondas, y así más á propósito para rodar de mano en mano; y respecto al agua y al vino, por

muy licencioso que á veces en sus costumbres fuera, siempre reconocía no haber llegado jamás á profesar las teorías del célebre bohemio aquel, que un día se determinó á meter la cabeza en la palangana y añadió á renglón seguido melancólicamente: «¡Empiezo á afeminarme!»

A falta de virtudes, conservaba una bella cualidad, la franqueza, y contó, con la mayor sinceridad de su alma, todo su aburrimiento al padre Fontela, después de haberle respondido que tantos años de ausencia del confesonario no se debían á tenaz propósito de mala inclinación, sino únicamente á varios y detallados motivos, los cuales al buen sacerdote tan no le convencieron, que estuvo á punto de castigarle con tanta severidad como el propio cura del Pilar de la Horadada, de que habla el poeta.

Y para que Fernando tuviera suerte en toda aquella mañana, resultó que el padre Fontela, con ir para santo, tenía que acusarse de una falta grave: la franqueza le enamoraba, los que le miraban con ojos serenos y alzando la frente le hacían suyo en un santiamén, y lo perdonaba todo antes que la hipocresía.

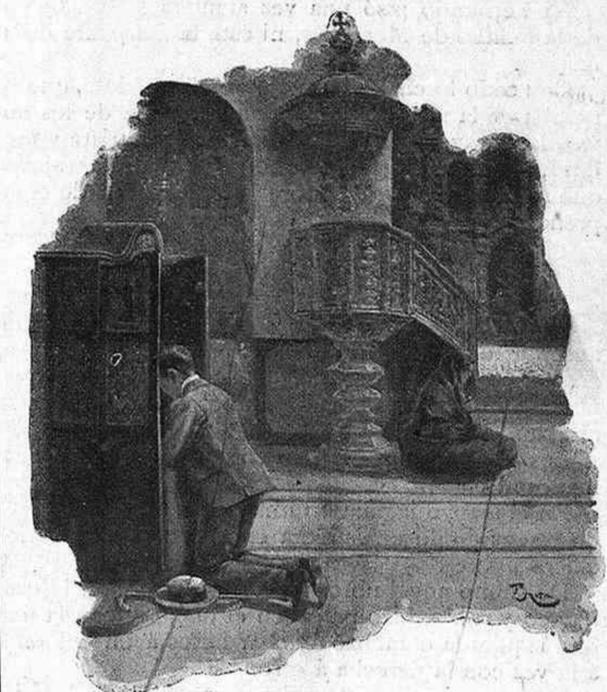
Fernando le habló con tanta confianza como á un amigo, y el padre Fontela, aunque no se atrevió á darle unos golpecitos en el hombro, como habría sido su deseo, no pudo menos de decirle:

—Hombre, perdóneme usted que me meta donde no me llaman, pero á la edad de usted, ¿por qué no piensa en casarse?, ¿por qué no busca una novia virtuosa y humilde? ¡Yo, con qué intención lo he de decir! ¡Ni qué me va en ello! Pero le haría á usted más religioso y le alegraría la vida.

Fernando se quedó como abstraído; su frente se arrugó, sus ojos nubláronse, y como el hombre más franco del mundo tropieza alguna vez con otro que lo es más, hubo de percatarse de que el padre Fontela le había derrotado en toda la línea, y contestóle ya ingenuamente, como si de antiguo fuera partícipe de todos sus pensamientos:

—¿Cómo lo ha conocido usted?... Es verdad. Tengo relaciones con ella, en cierto modo... Pero no son nuestros amores, ó mejor dicho, nuestros odios, como las pasiones de los demás. Estamos unidos por el aborrecimiento. Entre ella y yo todo es imposible. Ella lo sabe, yo lo sé, y ella me odia porque no he de ser suyo, y yo la odio porque no ha de ser mía, y le paseo la calle para dárselo á comprender á menudo, y ella se asoma al balcón para que yo no lo olvide, y nuestras miradas se cruzan, y los ojos de ella me dicen: «¡Qué rabia me da usted!», y los míos le responden: «¡Y usted más á mí!...» Pero ese parpadeo de usted... Esa actitud... Permítame la pregunta. ¿No lo niegue usted, padre! ¿Usted es el confesor de Mercedes?»

El excelente sacerdote dejó sin respuesta esas interrogaciones ansiosas; pero en la cara se le conocía.



—¿Y por qué ha dejado usted pasar diez años sin cumplir con el sacramento de la penitencia?

Aun en el caso inverosímil de que hubiera querido disfrazar la verdad alguna vez en su vida, fuera empresa inasequible para él.

¡Estaba rojo como una amapola! Al muchacho no le cabía duda. ¡La casualidad le había puesto en relación con el confesor de ella! ¡Cómo no se le había ocurrido antes!

El padre Fontela dijo: —¡Ha venido usted á confesarse y habla de odio,



de aborrecimiento! ¡Imposible, imposible! ¡Yo no le doy la absolución!

Pero Fernando cumplió la penitencia impuesta, volvió al día siguiente envuelto en aureola de humildad, y no sólo se confesó con el padre Fontela otras veces, sino que se hizo su amigo, y ya fuera de confesión y sin que él se los preguntara, le confió sus más recónditos secretos, y hasta, con la natural discreción, solicitó su ayuda.

Cuando al azar se encontraban y paseaban juntos, el padre Fontela se alejaba diciéndose bondadosamente para su capote:

— ¡Este chico es bueno! ¡Vaya si es bueno! ¡Sería una lástima que se maleara!

IV

Puesto ya Fernando por la casualidad en tan feliz camino, poco tiempo bastó para llegar al puerto.

El padre del joven notó sus zozobras. inquirió su vida, cambió impresiones con el buen sacerdote, y por boca de éste iluminóle Dios para guardarse el orgullo en el bolsillo y dirigirse una tarde en súplica humilde, ¡tanto puede el amor paternal!, al domicilio del progenitor de Mercedes, su irreconciliable enemigo, el cual, por la perla de su hija y acaso también por el excelente ministro del Señor, hallábase en autos de todo, y otorgó, aunque bien á regañadientes, su consentimiento.

Resplandeciente estaba de alegría y de bienestar el padre Fontela el día que la hermosa Mercedes y el arrogante Fernando murmuraron, arrodillados al pie del altar, eterno juramento solemne.

Los recién casados pusieron casa y vivieron lejos de sus padres respectivos, de aquellos ancianos que, herederos del odio recíproco de dos familias durante varias generaciones, á todo lo preciso se avinieron, excepto á otorgar promesa de reconciliarse jamás.

La casa de uno de los viejos estaba situada frente á la del otro, y cada vez que, al salir ó entrar en su portal respectivo, sus ojos cruzábase, manchaba el aire repugnante mirada de rencor profundo, en la cual diríase que brillaba hasta algo de arrepentimiento de haber sido lo suficientemente débiles para consentir en que unieran sus destinos con lazo inquebrantable Fernando y Mercedes...

Así pasaron algunos meses, muchos, y la mutua enemiga de los viejos crecía, sin que fuera bastante á destruirlo la idea de la dicha de que sus hijos gozaban.

Cumplíase estrictamente siempre la condición impuesta al flámante matrimonio.

Ni Fernando pisó una vez siquiera la habitación de la familia de Mercedes, ni ésta la del padre de su marido.

Con todo lo cual, el inmejorable sacerdote, que se pasaba en la morada coquetona y risueña de los novios las horas muertas, andaba sin cesar triste y mohino, con ese dolor profundo del malestar ajeno, que sólo las almas superiores son capaces de comprender.

V

Mas aconteció que al cabo el buen cura tuvo que ausentarse de Madrid por dos años, y ya de regreso, acertó un día á pasar, por la estrecha vía en que, frente á frente, las casas de ambos tenaces viejos se alzaban.

Los dos ancianos estaban en aquel momento asomados al balcón.

En el arroyo jugaba un niño, elegantemente vestido y seguido de una niñera encantadora, con varios chicos pobres.

De súbito aquel niño, de carita de *bibelot*, lujoso, blanco y rubio, hizo pausa en el juego, y con la manita izquierda comenzó á echar besos á un balcón y á la vez con la derecha á otro.

Los dos viejos contemplaron arrobados á la criatura, y al retirar del niño los ojos, cruzaron la mirada tan imprevisiblemente que ni tuvieron tiempo de ocultar la mutua sonrisa.

Estaba roto el hielo. La mirada fué larga.

El padre Fontela, si lo vió, hizo como que no lo advertía, y siguió en paz su camino á lo largo de la calle, alzando la frente para dilatar la vista en el amplio pabellón de las alturas azules, mientras sus labios mascullaban muy bajo y como en son de oración:

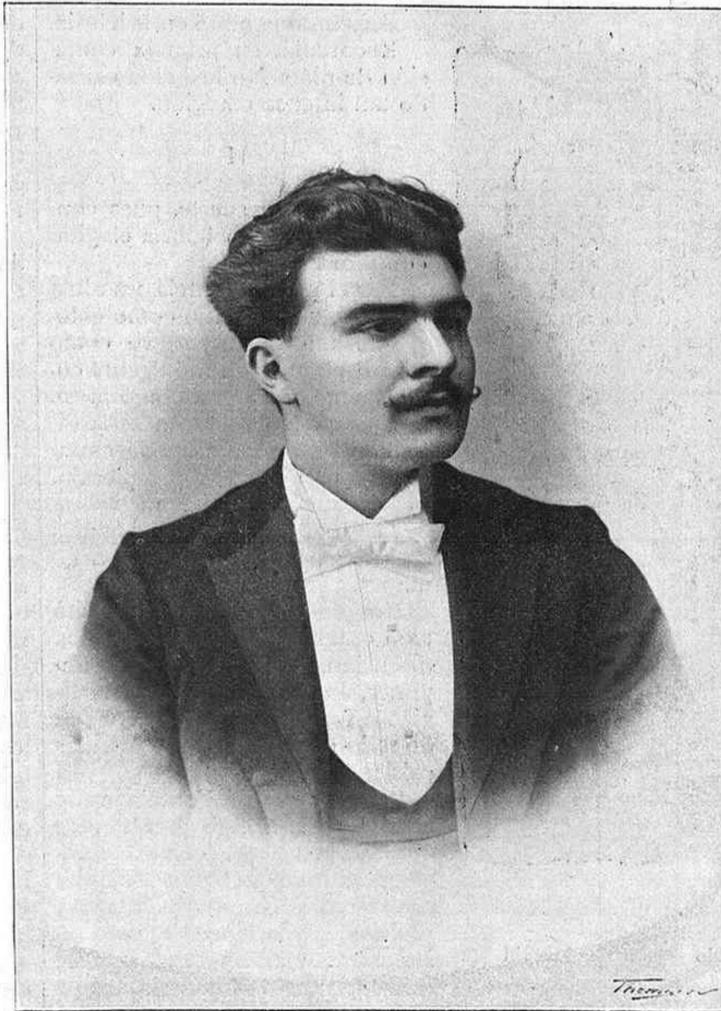
— ¡Amaos como os ama Dios desde el cielo!

RICARDO J. CATARINEU.

UNA RELACIÓN INCONVENIENTE

EN EL QUIJOTE DE AVELLANEDA

Sabido es que, con su morosidad de una parte, y con haber excitado de otra á los escritores á que tomaran la pluma que él colgaba, dió sobrado motivo



EL NOTABLE PIANISTA CATALÁN ALEJANDRO RIBÓ

Cervantes para que saliera á la palestra un fingido Alonso Fernández de Avellaneda, quien recogiendo, no ya el guante, sino la péñola, puso sus manos pecedoras en el papel con objeto de continuar la crónica quijotesca comenzada por el *Manco de Lepanto*; pero, de seguro, no todos sabrán que la novela «Los felices amantes», inserta á guisa de episodio en las páginas del falso *Quijote*, no es original de su audaz continuador, sino que está basada en una tradición, nada ejemplar por cierto, que data, según los cálculos más probables y fundados, del siglo XIII, y de cuya estructura han venido haciéndose eco en los siglos posteriores, si bien bajo diversas formas, unos cuantos ingenios de distintas naciones.

Alemania, suelo abonado para asumir toda clase de delirios y extravagancias á que pueda entregarse *la loca de casa* una vez destituida de todo freno, mayormente tratándose de una época en que la exaltación religiosa y caballeresca comenzaban á tocar en su apogeo, fué la cuna de esa tradición, generalmente conocida bajo el antonomástico nombre de *Leyenda de Colonia*, con lo cual se echa de ver que tuvo por patria á aquella importante ciudad en la construcción de cuya grandiosa catedral ejerció intervención no pequeña el diablo, según la creencia fantástica del vulgo.

En efecto, Cesáreo de Heisterbach, monje cisterciense residente en Colonia, donde murió el año de 1247, y que escribió una obra bastante extensa destinada á narrar los sucesos maravillosos ocurridos en su tiempo en el suelo germánico (*Illustrium miraculorum et historiarum mirabilium, libri XII*), de la cual se conocen hoy hasta cuatro ediciones, es el primero que refiere la leyenda de que luego daremos cuenta, y al que siguen por orden de fecha, entre otros escritores, permitiéndose más ó menos variantes, Passavanti, dominico italiano; el cardenal César Baronio; nuestro falso AVELLANEDA; el dominicano polonés Abraham Bzowski; Charron, canónigo de Nantes; el padre Honorato Niquet, benedictino francés; el jesuita Theophile Raynaud; el poeta Rutebœuf; el novelista Legrand d'Aussy, en uno de sus *Contes dévots*; nuestro Zorrilla, en su difuso poema *Margarita la tornera*; Charles Nodier; M. Valéry, en su libro *La Science de la vie*, de donde la tomó *Le Magasin pittoresque*, y de éste *Le Musée des Familles*, hará cosa de medio siglo. Ultimamente, en el

año de 1852, se apoderó de ella el teatro bajo la forma de ópera cómica, mediante la letra de MM. Lockroy y Dennery y la música de Aimé Maillart, ejecutándose en París el 19 de julio de dicho año.

Pero... á todo esto, ¿qué leyenda es esa aprovechada por Alonso Fernández de Avellaneda para formar la trama de su novela «Los felices amantes?» ¡Calma, querido lector, calma, que *no soy escopeta*; fuera de que *con paciencia se gana el cielo*!

«Cerca los muros de una ciudad de las buenas de España, hay un monasterio de religiosas de cierta Orden, en el cual había una, entre otras, que lo era tanto, que no era menos conocida por su honestidad y virtudes que por su rara belleza; llamábase doña Luisa, la cual, yendo cada día creciendo de virtud en virtud, llegó á ser tan famosa en ella, que por su oración, penitencia y recogimiento, mereció que, siendo de solos veinticinco años, la eligiesen por su prelada las religiosas del convento de común acuerdo, en el cual cargo procedió con tanto ejemplo y discreción, que cuantos la conocían y trataban la tenían por un ángel del cielo.

»Sucedió, pues, que cierta tarde, estando en el locutorio del convento un caballero llamado D. Gregorio, mozo rico, galán y discreto, hablando con una deuda suya, llegó la priora, á quien él conocía bien por haberse criado juntos cuando niños, y aun querido algo con sencillo amor, por la vecindad de las casas de sus padres; y viéndola él, se levantó con el sombrero en la mano, y pidiéndola de su salud (1) y suplicándola emplease la cumplida de que gozaba en cosas de su servicio, le dijo ella:

— «Esté vuesa merced, mi Sr. D. Gregorio, muy en hora buena, y sepamos de su boca lo que hay de nuevo, ya que sabemos de su valor con la merced que nos hace.

— «Ninguna, respondió él, puede hacer quien nació para servir hasta á los perros desta dichosa casa; ni sé nuevas de que avisar á vuesa merced, pues no lo serán de que, de las obligaciones que tengo á mi prima, nacen mis frecuentes visitas; y la que hoy hago es á cuenta de un deudo que le suplica en un papel le regale con no sé qué alcorzas, en cambio de ocho varas de un picotillo famoso ó perpetuán vareado que le envía (2).

— «Bien me parece, dijo la priora; pero, con todo, vuesa merced me la ha de hacer á mí de que, en acabando con doña Catalina, se sirva de llevar de mi parte este papel á mi hermana, que basta decir esto para que sepa en qué convento, pues no tengo más que la religiosa, de la cual aguardo ciertas floreras para una fiesta de la Virgen, que tengo de hacer, con obligación de que ha de dar orden vuesa merced en que se me traigan esta tarde con la respuesta; que por ser el recado de cosa tan justificada, y vuesa merced tan señor mío casi desde la cuna, me atrevo á usar esta llaneza.

— «Puede vuesa merced, respondió el caballero, mandarme, mi señora, cosas de mayor consideración, que, pues no me falta para conocer mis obligaciones, tampoco me faltará mientras viva el gusto de acudir á ellas; que más en la memoria tengo los pueriles juguetes y los asomos que entre ellos dí de muy aficionado servidor de ese singular valor, de lo que vuesa merced puede representarme.

»Rióse la priora, y medio corrióse de la preñez de dichas razones (3), con que se despidió luego, diciendo lo hacía por no impedir la buena conversación, y porque le quedase lugar de hacerle la merced suplicada, cuya respuesta quedaba aguardando.»

No me es posible seguir copiando al pie de la letra, por cuanto, de hacerlo así, necesitaría transcribir ahora nada menos que las 32 páginas en 4.º de que consta la segunda edición (1732), que es la que tengo á la vista. Continuaré, pues, haciendo una relación en extracto de cuanto conducir pueda á la mejor inteligencia del suceso, en cuya prosecución digo:

Que, evacuado con toda diligencia por D. Gregorio el encargo que se le confiara por la priora, y á satisfacción de ésta, no tardó aquél en declararle su infame pasión; declaración tan insinuante y ardorosamente hecha, que no pudo por menos de abrir brecha, ¡quién lo diría!, en el casto corazón de aquella hasta entonces santa mujer. Si *entre santa y santo, pared de cal y canto*; entre santa y diablo, ¿qué habría que poner?

(1) Esto es, preguntándole por su salud. Hoy parecería galicismo, atento á que *demandar* significa en francés *pedir* y *preguntar*.

(2) *Picote ó picotillo y perpetuán*, nombre de unas telas de lana que se usaron en lo antiguo. *Vareado* significa aquí *vareado, rayado, listado*.

(3) Hinchazón ó ampulosidad.

Hagamos aquí caso omiso de la lucha á que respectivamente quedaron entregadas aquellas dos almas, después de haberse separado, en la noche que siguió á aquella infausta tarde, así como de que, llegada la mañana siguiente, faltóle tiempo á doña Luisa para bajar al torno y decirle á la mandadera:

— «Id luego á casa del Sr. D. Gregorio, primo de doña Catalina, y decidle de mi parte que le beso las manos, y que le suplico me haga merced de llegarse acá esta tarde, que tengo que tratar con él un negocio de importancia.»

De importancia podría no serlo; pero lo que es de trascendencia suma, el lector podrá juzgarlo por sí mismo cuando sepa las consecuencias que de allí á no mucho tiempo sobrevinieron.

En efecto, de aquella y subsiguientes entrevistas salió concertado, al cabo de seis meses, que se fugara semejante pérfida hembra en unión de su cómplice para irse á vivir á lejanas tierras, con la circunstancia agravante de sustraer ambos, en la víspera de su desaparición, todo el dinero que haber pudieran á la

mano, él, de la caja de sus padres, y ella, de los fondos de la comunidad. ¡Cuán cierto es que un abismo llama á otro abismo; que el camino del crimen, así como el de la virtud, no se anda de una vez, sino progresivamente; y que el corazón humano, resuelto á no dar oídos á las inspiraciones de la divina gracia, acaba por amoldarse y acondicionarse al estado de abyección en que se precipita!

«Llegado el concertado domingo (vuelve á hablar el autor, y nosotros podríamos añadir, en vista de tal profanación cometida en el día dedicado al Señor:



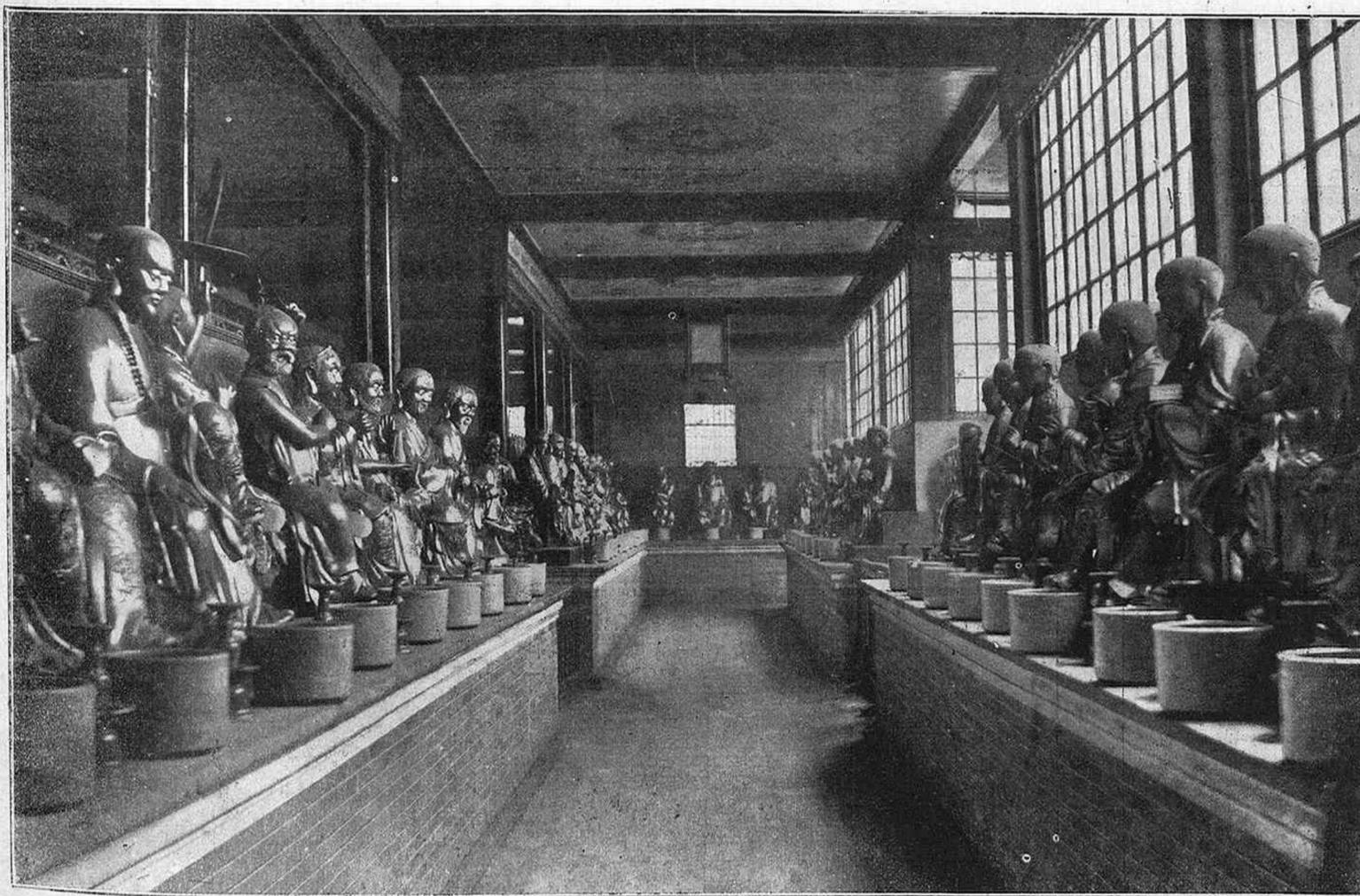
CONFLICTO CHINO. — VISTA DEL BARRIO CHINO EN LA CIUDAD DE PEKÍN (de fotografía)

En buen día, buenas obras), á las doce de media noche, hora de universal silencio, por la seguridad que dan los primeros sueños, que, por serlo, son más profundos, se bajó D. Gregorio con la aprestada maleta de lo que había de llevar á la caballeriza, y ensillando en ella dos de los mejores caballos, sin ser de nadie sentido, se salió de casa y fué al monasterio, do estuvo aguardando en la puerta de la iglesia á que su querida doña Luisa saliese, la cual, acabados los maitines, se volvió á su celda, y quitándose en ella los hábitos, se vistió la ropa de secular que D. Gre-

gorio le había enviado y tenía en un arca; y poniendo las de religiosa sobre una mesa, y dejando allí una bien larga carta escrita de la causa que sus amores le dieron para irse (como se iba) con D. Gregorio, dejó ni más ni menos allí una vela encendida, con el breviario y rosario, de quien siempre había sido devotísima, y por él lo había sido en sumo grado de la Virgen, Señora nuestra, toda su vida; y tomando tras esto un gran manajo de llaves, las cuales eran de toda la casa y de la iglesia, se salió de la celda lo más pasito que le fué posible, y se fué por el claustro

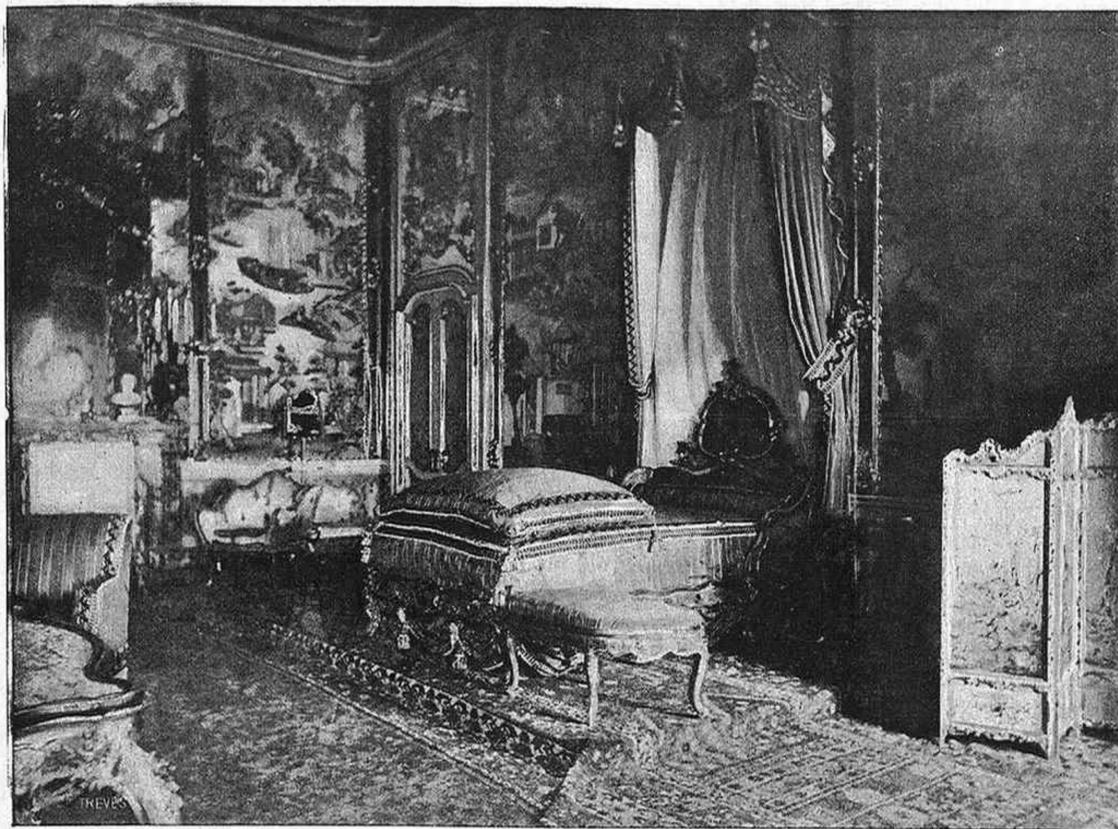
y bajó á la sacristía, y abriéndola sin ser sentida, salió al cuerpo de la iglesia con las llaves en la mano, y habiendo de pasar al salir della por delante de un altar de la Virgen benditísima, de cuya imagen era particular devota y le celebraba todas las fiestas suyas con la mayor solemnidad y devoción que podía, á la que llegó delante de ella, se hincó de rodillas diciendo con particular ternura interior y notable cariño de despedirse della, privándose del verla, porque era la cosa que más quería en esta vida:

— «Madre de Dios y Virgen purísima: Sabe el cielo y sabéis vos cuánto siento el ausentarme de vuestros ojos; pero están tan ciegos los míos por el mozo que me lleva, sin hallar fuerzas en mí con que resistir á la pasión amorosa que me lleva tras sí; voy tras ella sin reparar en los inconvenientes y daños que me están amenazando, pero no quiero emprender la jornada sin encomendaros, Señora, como os encomiendo, con las mayores veras que puedo, estas religiosas que hasta aho-



CONFLICTO CHINO. — TEMPLO DE LOS QUINIENTOS GENIOS EN CANTÓN (de fotografía)





MONZA. — Dormitorio del rey Humberto en el real palacio

ra han estado á mi cargo. Tenedle, pues, dellas, Madre de piedad, pues son vuestras hijas, á las cuales yo, como mala madrastra, dejo y desamparo; amparadas, digo, Virgen santísima, por vuestra angélica puridad, como verdadero manantial de todas las misericordias, siendo como sois la madre de la fuente de ellas: de Cristo, digo, nuestro Dios y Señor; volved y mirad, os suplico otra vez, en mi lugar por estas siervas vuestras que aquí quedan, más cuidadosas de su limpieza y salvación que yo, que voy despeñándome tras lo que me ha de hacer perder lo uno y lo otro, si Vos, Señora, no os apiadáis de mí; pero confío que lo haréis obligada de vuestra inexplicable y natural piedad y de la devoción con que siempre he rezado vuestro santísimo rosario.

»Y dicha esta breve oración (*no tan breve, y harto inverosímil*, dicho sea con perdón del autor), y hecha tras ella una profunda reverencia á la imagen, abrió el postigo de la iglesia, y abierto, se volvió á dejar las llaves delante del dicho altar de la Virgen; tras lo cual se salió á la calle, entornando tras sí la puerta. Apenas estuvo fuera de ella, cuando le salió al encuentro D. Gregorio, que la estaba aguardando hecho ojos, y tomándola en brazos (tras haberla tenido un breve rato entre los suyos amorosos haciendo desenvolturas que el recelo de no ser vistos le consintió), la subió en el caballo que le pareció más manso, con que comenzaron luego á caminar, de suerte que los vino á tomar el día seis ó siete leguas lejos de adonde habían salido.»

De caso pensado he querido copiar textualmente el pasaje preinserto, tanto para que el lector pueda formarse por sí mismo un juicio, siquiera aproximado, del lenguaje y estilo propio del autor, cuanto para que vislumbre al menos la sinrazón con que procedía la generalidad de los aprobantes de *in illo tempore* al asegurar en sus informes, como se asegura de hecho por los tres censores que figuran al frente de este libro, que «no contiene cosa deshonesta ni prohibida» (licencia del vicario general y oficial de Tarragona), que «no contiene cosa opuesta á nuestra santa fe católica y buenas costumbres» (licencia del vicario de Madrid), y por último, que el Consejo «no ha visto en él cosa contraria á los derechos y regalías de Su Majestad, ni á las Leyes Reales, buenas costumbres y sociedad civil» (licencia del rey). ¡Y fuese usted de elogios y aprobaciones, relegando al olvido que *de dineros y bondad, quita siempre la mitad*, así como que *la carta no tiene empacho!* (1)

(1) Este último refrán, que consignó la Academia Española en la primera edición de su Diccionario, y que ha omitido en las sucesivas, lo define allí por los términos siguientes: «Phrase proverbial, que significa, que lo que no se suele permitir á la lengua, por vergüenza ó por otra razón, se concede á la pluma, que quita estos inconvenientes.»

Así es la verdad; mas como quiera que pasa con muchas locuciones lo que con la casi totalidad de las palabras, á saber, que tienen más de una significación, esto se cumple cabalmente en el refrán susodicho, usándolo yo ahora en la acepción que procedo á formular así: «El estar escritas ó impresas determinadas especies no es motivo suficiente para que se les dé crédito, supuesto que á cada paso se lee multitud de mentiras y necedades de todo linaje sin que de ello proteste el papel.» Por eso se

En cuanto al lenguaje y estilo empleado por el autor, no se tarda en echar de ver que aquél adolece de aragonésimo, y que éste se resiente de no haber sido lo bastante castigado. Tocante á la ejemplaridad de su redacción, baste decir, después de lo indicado, y para abreviar, que aquellos *infortunados amantes* (calificados de *felices* por el autor de esta versión castellana), mientras en su casa hubo *harina*, no tuvieron entre sí *mohina*; quiero decir: que en tanto que duró el dinero hurtado por ambos criminales, todo anduvo á pedir de boca; mas una vez agotada la última peseta, todo se volvió reyertas y desabrimiento, hasta el punto de que, tirándose D. Gregorio al palo, como se suele decir, obligó á su despreciada dama á que buscara la subsistencia con la labor de sus manos para atender á los dos (2); y aun no contento con esto, llevó su avilantez al extremo de inducir la á que hiciera vergonzoso tráfico de su persona para mantenerlo á él con todo lujo y regalo, acabando definitivamente por huir furtivamente de ella, dejándola sumida en el más completo abandono.

dice también en nuestra lengua que *el papel todo lo aguanta*; refrán que igualmente se le quedó en el tintero á la Academia Española.

(2) *Tirarse uno al palo*, es frase que no encuentro en ningún diccionario. En el mío de *Andalucismos*, inédito, la defino yo así: «Entregarse á la holganza, resistirse á trabajar.»



MONZA. — Llegada del rey Víctor Manuel III (de fotografía instantánea de Treves)

Al llegar aquí no puede uno menos de indignarse en presencia de tanto descaro y cinismo tanto con que nos pinta el autor á esos dos prototipos del rebajamiento humano, mayormente empleando al efecto formas nada rebozadas y lenguaje sobrado naturalista. Como dice muy bien Germond de Lavigne á este propósito, «Avellaneda coloca descaradamente dentro del escenario lo que debía haber dejado escondido entre bastidores, y ofende, sin escrúpulo, la vista del espectador con las bajezas de D. Gregorio y las liviandades de Luisa; todo lo cual resulta seco y desabrido como ciertas escenas de Zurbarán ó de Alonso Cano, asemejándose el estilo del uno al colorido de los otros: *Ut pictura, poesis.*»

Descontados esos inconvenientes, que no son pocos ni flojos, debemos decir, en obsequio de la justicia, que la narración de Avellaneda tiene una ventaja sobre sus demás congéneres, á saber, la conversión del seductor. En efecto, en toda ella resulta arrepentida la monja infiel, y con este ó aquel nombre, de un modo ó de otro, al cabo de más ó menos tiempo, y á vueltas de mayor ó menor número de peripecias, vuelta á su convento, en el que no ha sido absolutamente echada de menos, gracias á la Madre de Dios que ha tomado á su cargo el desempeñar las funciones propias de la desertora durante su larga ausencia, vistiendo su mismo hábito y asumiendo sus propias facciones; pero en la presente ocasión, convertido don Diego, de resultados de un sermón que oyó á un fraile dominico, emprende la peregrinación á Roma con el fin de besar los pies al padre santo y alcanzar su absolución, acabando su vida en olor de santidad entregado por completo á las penitencias del claustro.

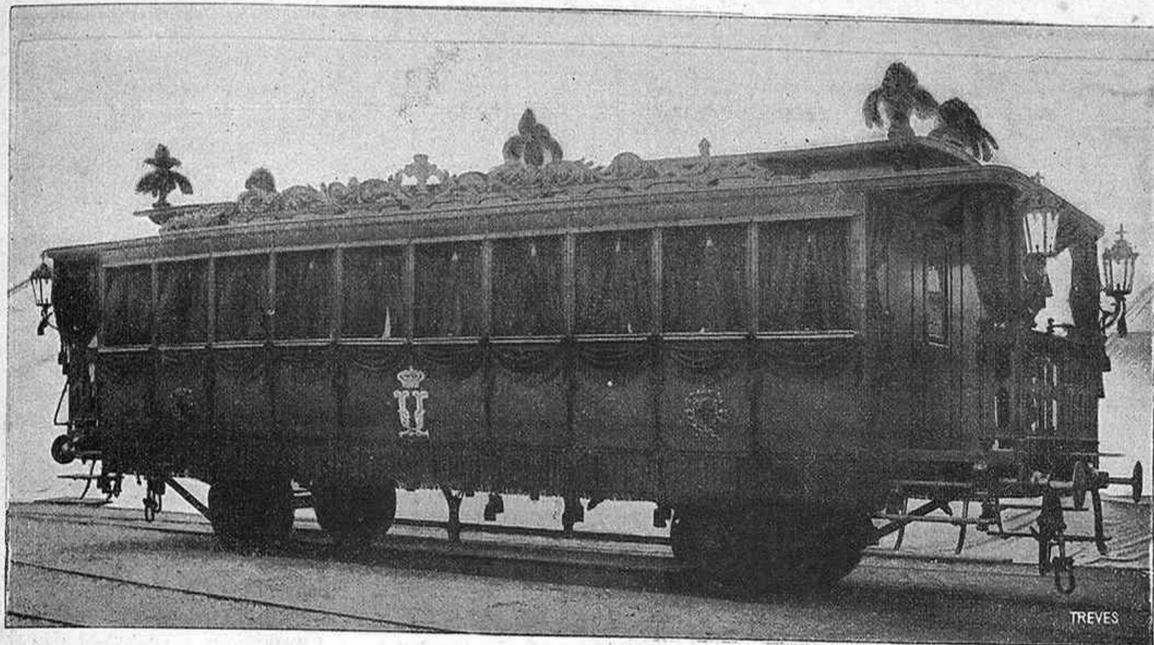
Con lo hasta aquí expuesto, siquiera narrado á vuela pluma, se echa de ver como se trata de una leyenda que cuenta sobre setecientos años de existencia; leyenda entreverada de falsa piedad y de procaz disolución; leyenda que ha experimentado multitud de vicisitudes al pasar por tantos siglos y manos tantas; leyenda que parece haber sido inventada para realzar el poder de Dios y la misericordia sin límites de la santísima Virgen, en especial (y ahí está el *quid*) bajo la advocación del *Rosario*; pero leyenda, en suma, que aun cuando forjada con el intento de edificar, lo ha sido á expensas de haber destruido antes, viniendo, por ende, á resultar el remedio peor que la enfermedad, dado que, según el aforismo teológico, *no es lícito hacer el mal, aun cuando sea con la mira de que provenga de él algún bien.*

JOSÉ MARÍA SBARBI.

EL ARGUMENTO DE LA ÓPERA

— No será porque yo no domine el italiano como el francés y otros idiomas de más ó menos circulación, me decía un literato, según él se inscribía en el padrón, y podría inscribirse como perro en el padrón de la clase.

— Pero que en ópera nueva, añadió, como siempre sale más premiosa, no se entiende bien todo; por eso me proporciono un libreto, ó cuando menos el



Vagón fúnebre en que fué trasladado el cadáver de Humberto I desde Monza á Roma

argumento que venden redactado en nuestro idioma.

- Por lo mismo que le compran los humildes, no literatos: para enterarse de lo que ven y aun de lo que oyen.

- Ya ve usted, cuando oigo cantar *Lucía*, suponemos, ó *Norma* ó *El barbero* ó *Hugonotes*, nada se me escapa.

- Lo mismo le ocurrirá á usted cuando oiga la música de *La gran vía* y de *El cabo primero*.

- Algunas óperas tienen argumento tan dificultoso... Porque en otro tiempo ya se sabía: un novio, dos novios...

- Tres novios.

- No; dos novios que enamoran á una, y uno se la lleva y mata al otro, ó se matan los dos.

- O los tres y el padre de la novia. Delitos comunes y nada más.

- Ya en *Roberto* y en *Hugonotes* y en *La Africana* hay algo más.

- Y aun algos.

- Pero estos argumentos de Wagner son incomprendibles. *Lohengrin*, *Tanhauser*, *Los alegres cantores*...

- Esa última no la conozco yo.

- No diga usted eso.

- ¿Por qué no? Cada cual conoce lo que puede. *Las alegres comares*, sí; pero *Los alegres compañeros*, no.

- *La Walkyria* es un enredo... Nueve hermanas...

- Y todas Walkyrias.

- Y aquel padre desnaturalizado y dios traseunte y con mote...

¡Qué noche me dió el literato en un estreno en el Real de una obra de Wagner!

Con el argumento de la ópera en el bolsillo y sin entender palabra, exceptuando alguna suelta.

Pero no se atrevía á consultarle delante del público por vergüenza.

¿Quién no entiende á Wagner ó *Baüer*, como le nombraba antes de «conocerle como ahora?»

¿Quién que se estime en algo consulta el libreto, allí en la butaca? ¡Y más «haciendo críticas» como él hacía entonces, en no sé cuál periódico de Madrid!

¿Qué crítico *medieval* siquiera, es decir, de mediana posición, no ha estado en Bayreuth y ha oído en aquel teatro alguna obra de Wagner?

Por allí, alrededor, había muchos, literatos y no literatos, críticos y personas de bien, á quienes ocurría lo mismo que á mi amigo.

- ¡Qué argumentos tan fantásticos! se lamentaba una joven preciosa y aristocrática.

- Todo brujerías, hija, afirmaba la mamá, señora principal y conocida; yo no sé cómo toleramos que nos den estas obras. Hablan de los *chulos* y las *chulas* que dan en otros teatros; ¿pero esto qué es sino chulerías olímpicas?

Los que acompañaban á las damas - entiéndase «los caballeros» - no los «chulos» - celebraron el chiste, le repitieron y se juramentaron tácitamente para

divulgarle en todos los círculos que visitaban, con el nombre de la ingeniosa autora.

- ¿Y esta chica de quién es?, me preguntó el crítico.

- ¿Esta señorita que está á nuestro lado?

- No, hombre, no; esa que canta, ó mejor dicho, el personaje que representa.

- Hija del bajo.

- ¿De quién?

- De ese bajo.

- ¿Del más bajo de los tres?

- Del bajo cantante.

- ¡Ah! ¿Y la otra?

- ¿La otra? ¿La contralto?

- Sí.

- No tiene padres conocidos: se supone que es anterior.

- Esta frase musical me recuerda el canto del cisne en *Lohengrin*. ¿No es en *Lohengrin*? Sí, sí.

- ¿Usted ha oído cantar el cisne en *Lohengrin*? ¡Oír es! ¡Buen oído! Dios se le conserve, y la buena vista.

- ¿Oído? Tengo exquisito oído: de memoria ando mal: confundo á las veces, sin poderlo remediar, cosas de Verdi con otras de Meyerbeer.

- ¡Qué barbaridad!, digo, ¡qué ofuscación!

- No puedo explicarme la antipatía de ese hombre ó ese dios *micológico* ó lo que sea, al pobre *Segismundo*.

Así decía una dama aristocrática, en una platea, la noche del estreno de *La Walkyria*.

Y un caballero, al parecer persona culta, respondió:

- Cuestiones internacionales.

- No, papá, corrigió un joven ya zángano, porque le quitó la novia.

- ¿Qué sabes tú de eso?

- La verdad es que ha tenido gracia, dijo la dama viendo la ocurrencia del joven largo.

En otro palco:

- Este argumento que publica el periódico está lleno de erratas y de disparates.

- Ya, ya; no se entiende jota.

Y era verdad; ni jota entendían de la obra.

- Los argumentos olímpico-dramáticos me molestan.

- Donde está aquel *spírito gentile*, que callen los maestros.

- Y aquella *matre infelice*...

- Y aquello de *¿La vita incieme trascorreremo?*

Estaba esperando que de un momento á otro alguno de aquellos personajes apuntara: *Con el vestido de percal planchao*.

Son muchos los que necesitan el argumento de la ópera y aun el libreto entero traducido para enterarse de algo de cuanto allí pasa.

Este literato y crítico musical amigo mío ha adelantado mucho en estos últimos tiempos.

Ya sabe que *cavatina* es pieza que canta solo el bajo: ello mismo lo dice *cava-tina*; que *romanza* es la que canta solo el tenor; *aria*, cuando es la tiple la que canta, y *cavalleta*, cuando es el barítono.

Y cuarteto si cantan cuatro personas, y coro si cantan más, y concertante cuando todas las voces cantan las mismas notas y en el mismo tono, sin diferencias ni acompañamientos de ningún género.



ROMA. - Panteón de Agripa, en donde ha sido enterrado Humberto I

El *sumum* de la armonía, en una palabra. Como versificando, no hay consonante de «razón», suponemos, tan consonante como «razón.»

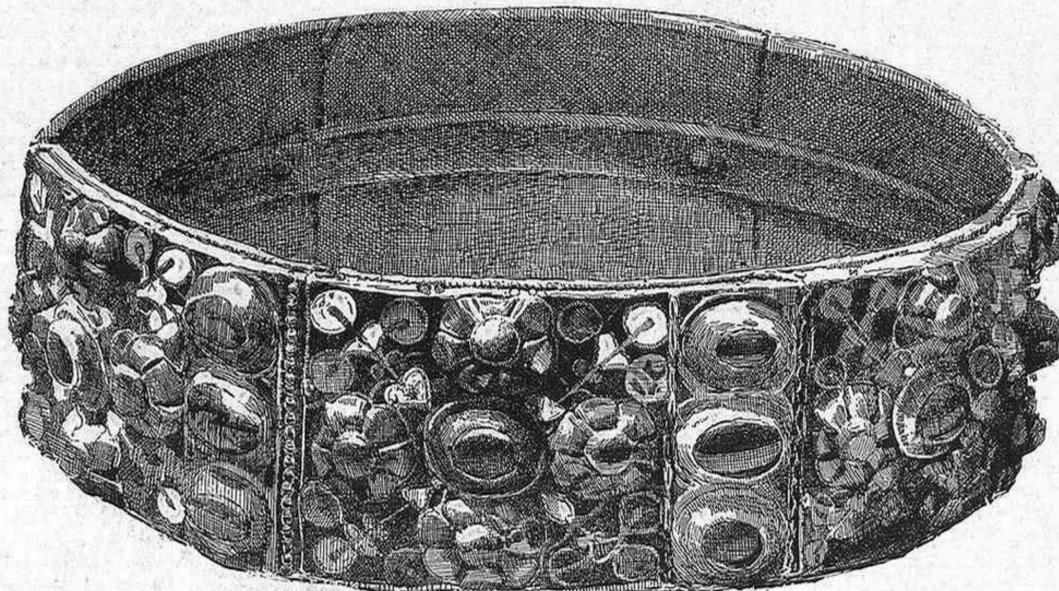
Mi amigo traducía hasta hace poco tiempo: *tutti* por tute.

No añadía si de caballos. - EDUARDO DE PALACIO.

NUESTROS GRABADOS

Asesinato del rey Humberto I de Italia. - A este luctuoso suceso se refieren los cinco grabados que publicamos en las páginas 558 y 559 y acerca de los cuales vamos á dar algunas breves explicaciones. El actual monarca italiano se encontraba ausente de su país cuando fué asesinado su padre, y no llegó á Monza hasta dos días después, ó sea el 1.º de agosto, á las seis y media de la tarde. El recibimiento en la estación fué imponente; á Víctor Manuel III y á la reina Elena les esperaban allí el duque de Aosta, el príncipe de Montenegro, el general Ponzio Vaglia, en cuyos brazos expiró Humberto I, y los altos dignatarios de la corte y las autoridades: una multitud inmensa y silenciosa saludó respetuosamente á los soberanos en el trayecto de la estación al palacio. Las escenas que en éste se desarrollaron entre la reina Margarita y su hijo y al visitar éste la capilla ardiendo en donde se encontraba el cadáver de su padre, fueron en extremo conmovedoras.

Uno de nuestros grabados reproduce el interior del dormitorio de Humberto I en el palacio de Monza.



Corona de hierro que se custodia en el tesoro de la catedral de Monza y que fué colocada en la capilla ardiente de Humberto I





¡BUENOS DÍAS!, cuadro de E. Klimsch



EN LA PLAYA, dibujo de Huertas



Thomson

El vagón en que fueron transportados los restos mortales del difunto rey desde Monza á Roma estaba severamente adornado y ostentaba la inicial del monarca y la corona real: cubrían las paredes interiores tapices de terciopelo encarnado con franjas de oro, que es la decoración fúnebre tradicional de la casa de Saboya.

El panteón en donde ha sido enterrado el rey Humberto es el antiguo templo pagano convertido en iglesia con el nombre de Santa María la Rotonda: el edificio, construido por Agripa, yerno de Augusto, data del año 27 antes de Jesucristo, y ha sido objeto de tantas reparaciones y construcciones, que sólo queda de la primitiva construcción el pórtico sostenido por 16 columnas corintias. La rotonda actual es del tiempo de Adriano. La consagración de este templo como iglesia se verificó en el año 600.

La corona de hierro que se guarda en el tesoro de la catedral de Monza y que fué solemnemente depositada en la capilla ardiente del rey Humberto, está formada con un clavo de la Santa Cruz que trajo de Tierra Santa santa Elena, cubierto por seis planchas de oro con esmaltes y magníficas piedras preciosas. Con ella fué coronado en 888 Berenguer I de Italia y Napoleón I se la ciñó en la catedral de Milán pronunciando la conocida frase: «Dios me la ha dado. ¡Ay del que la toque!» La ceremonia de la traslación de esta corona de la catedral de Monza al palacio real es interesante y creemos oportuno describirla. El día 4 de agosto, á las seis de la tarde, dos coches de la corte, en uno de los cuales iba el maestro de ceremonias, conde de Presnoli, dirigieron al referido templo para recoger la preciosa reliquia; en presencia de una multitud inmensa y mientras doblaban las campanas, el arcipreste, llevando la corona sobre un almohadón y seguido de todo el clero con velas encendidas, salió procesionalmente de la iglesia y entró en uno de los coches, tomando asiento junto á él el conde de Presnoli, un teólogo y un individuo de la junta de Obra. En el otro coche iban dos asesores, un representante del cabildo y otro individuo de la junta de Obra. Al llegar al palacio, hizo cargo de la corona el prefecto palaciego, conde Giannotti, que la depositó en seguida en la cámara ardiente.

El general conde de Waldersee.—Este general, nombrado por acuerdo de las potencias generalísimo de las fuerzas aliadas en China, nació en Potsdam en 8 de abril de 1832 y entró como subteniente en la artillería de la Guardia en 1858, siendo más tarde ayudante de campo del príncipe Carlos de Prusia. Cuando estalló en 1870 la guerra con Francia era agregado militar de la embajada alemana de París; llamado inmediatamente al cuartel general del rey Guillermo, asistió, entre otras, á las batallas de Gravelotte y Saint Privat, á la capitulación de Sedán y á una parte del bloqueo de París. Como jefe



EL GENERAL CONDE DE WALDERSEE, nombrado generalísimo de los ejércitos aliados en China (de fotografía)

de estado mayor del gran duque de Mecklenburgo tomó parte principalísima en las operaciones contra el ejército del Loire, y al firmar la paz ascendió á coronel y fué nombrado encargado de Negocios interino cerca de M. Thiers. Nombrado general en 1880, ocho años después reemplazó, con el grado de general de caballería, á Moltke en la jefatura del estado mayor general.

Conflicto chino.—Por fin las tropas aliadas han entrado en Pekín el día 15, no sin tener que sostener para ello reñidos combates, no sólo durante el corto sitio que precedió á la toma de la capital, sino que también en las mismas calles de ésta. Muy pocas son las noticias que acerca de este importante suceso se tienen todavía, pues las comunicaciones telegráficas con Pekín han quedado interrumpidas; lo único que positivamente se sabe es que los diplomáticos extranjeros, á excepción del infortunado Ketteler, se encuentran sanos y salvos, después de haberse visto en inminente peligro la misma víspera de su liberación, y que los aliados han ocupado toda la capital, inclusa la ciudad santa. Respecto de lo que han hecho la emperatriz y el gobierno chino, los telegramas que de ello dan cuenta resultan á cual más contradictorios. Unos dicen que la emperatriz huyó de la capital y fué á refugiarse en la provincia de Chang-Si, perseguida por la caballería japonesa; otros afirman que la retuvo en Pekín el príncipe Yung-Lu, y hasta los hay que aseguran que salió á recibir á los aliados cuando éstos penetraron en la ciudad. Pero lo más probable es lo de la fuga, porque, dadas las circunstancias, es de suponer que la soberana y los que la rodean habrán creído lo más prudente poner tierra de por medio hasta ver en qué para todo ello. Según parece, la emperatriz se ha fugado en compañía del tesoro imperial, que contenía 50 millones de taels, y antes de abandonar Pekín mandó ejecutar á algunos altos funcionarios, con la particularidad de que á unos los hizo matar por ser amigos de los extranjeros, y á otros por ser enemigos de éstos, lo cual resulta un poco ex-

traño. Ahora se ha sabido que el príncipe Yung-Lu había escrito al comandante de las tropas de Kansu, entre otras cosas, lo siguiente: «El príncipe Tuan y yo tenemos el concurso de los boxers, y yo juro exterminar á los extranjeros;» lo cual constituye una prueba más de lo que ya sabía todo el mundo, es decir, que los boxers y el gobierno chino han ido á una en el actual conflicto.

Los primeros efectos de la entrada de los aliados en Pekín han sido la publicación de una proclama en que los mandarines de las provincias meridionales reconocen que la toma de la capital es el justo castigo de los funcionarios reaccionarios que se aliaron con los rebeldes boxers, y que con la ayuda de éstos tramaron proyectos nefastos, cuyo resultado ha sido sumir en un abismo de desastres á la parte septentrional del imperio, añadiendo que ahora no hay razón para que los aliados hagan una guerra de represalias en China, sino que deberán limitarse á castigar á los boxers y á los funcionarios culpables y á restablecer la paz en los territorios del Norte. La proclama termina recomendando solemnemente á las poblaciones del Sur que no se muestren hostiles á los extranjeros. Como se ve, aquellos prudentes mandarines se sangran en salud, como vulgarmente se dice.

Por su parte, Li-Hung-Chang no se cansa de enviar á las potencias notas y más notas pidiendo que se entablen negociaciones de paz. La última, dirigida al gobierno inglés, dice en substancia que habiendo declarado las potencias que el único objeto de la marcha de sus tropas sobre Pekín era libertar á sus representantes diplomáticos, han de cesar las hostilidades desde el momento en que dicho objeto se ha conseguido.

Y en verdad que se necesita frescura para pedir lo que el astuto virrey de Cantón solicita, porque en primer lugar las potencias nunca han declarado lo que él afirma; en segundo, no todos los diplomáticos están sanos y salvos, pues el barón Ketteler, el embajador de Alemania, fué, como es sabido, bárbaramente asesinado; y finalmente no pueden cesar las hostilidades desde el momento en que los chinos, rebeldes ó no rebeldes, no han depuesto las armas ni llevan trazas de deponerlas. Esto aparte de que para negociar la paz es preciso que se pueda tratar con un gobierno reconocido, y actualmente no se sabe cuál sea en China este gobierno.

Con razón dice, pues, unánimemente la opinión pública que las potencias han de comenzar por exigir el castigo de los verdaderos culpables, de los que tan odiosamente han violado las leyes esenciales de los pueblos civilizados, después de lo cual habrán de imponer reparaciones para el pasado y las garantías necesarias para el porvenir.

Todo esto de fijo que de sobra lo sabe Li-Hung-Chan, pero lo que él se habrá dicho: «Por sí cuele...»

¿Qué harán ahora las potencias? ¿Habrá entre ellas en lo sucesivo la unidad de miras que les ha guiado hasta el presente?

Muy de temer es que la segunda parte del conflicto, que el arreglo definitivo de la cuestión china no sea tan fácil como ha sido relativamente la primera, y que por egoísmos, celos, rivalidades y ambiciones quede dicha cuestión sin resolver y continúe en el Celeste Imperio el *statu quo ante bellum* que tan tristes efectos ha producido. No sería esta la primera vez que tal sucediera; díganlo, si no, las cuestiones de Turquía, de Marruecos y tantas otras que la historia nos enseña.

Retrato del brigadier de ingenieros D. Ignacio Garcini, pintado por Goya.—La circunstancia de haber publicado recientemente un erudito é interesante estudio de las obras que han figurado en la exposición organizada en honor del ilustre maestro, gloria del arte patrio, escrito por nuestro distinguido amigo D. Rafael Balsa de la Vega, nos impide emitir parecer alguno acerca de la notable obra que reproducimos, ya que nuestros lectores podrán formar más exacto juicio al leer las apreciaciones de tan inteligente crítico.

Alejandro Ribó.—Nació este notable pianista en la ciudad de Tarragona en octubre de 1878, y consagrado desde su infancia al estudio del piano en su ciudad natal y en Barcelona, pasó en 1896, pensionado por el Ayuntamiento barcelonés, á París, donde se perfeccionó en el arte por el que sentía la más ardiente y apasionada vocación, realizando en breve tiempo rapidísimos progresos, bajo la sabia dirección de los más eminentes profesores de la gran capital. Proclamado por éstos el mérito indiscutible de su discípulo, regresó á España, dando algunos conciertos en Barcelona y en Madrid que le valieron entusiastas aplausos y calurosas felicitaciones. Actualmente se dispone á emprender una excursión artística por Europa y América, y no vacilamos en afirmar que su fama será consagrada por los públicos más inteligentes. Toca Ribó con exquisita delicadeza, siente la poesía de la música que interpreta, posee una agilidad pasmosa y domina admirablemente el mecanismo de su arte, haciendo gala en los pasajes de fuerza de un vigor y seguridad grandes. Su repertorio vastísimo se compone de las obras de los más ilustres maestros antiguos y modernos, y en la interpretación de cada una de ellas demuestra Ribó, no sólo el profundo estudio que de todas ha hecho, sino además el talento con que ha sabido asimilarse el modo de ser y de sentir de cada compositor.

¡Buenos días!, cuadro de E. Klimsch.—Resulta esta composición eminentemente simpática por su asunto y en extremo notable por su factura. Representa el autor en ella el despertar de una agraciada joven, en cuyo rostro se advierten las huellas de uno de esos sueños de color de rosa que convierten por unas horas casi en realidad las más encantadoras ilusiones, y que son muchas veces presagio de dichas futuras. ¿Qué puede haber soñado esa linda criatura que no sea algo con el amor relacionado? Y al abrir los ojos encuéntrase, sentado sobre su mullido lecho, un gentil amorcillo, que al dirigirla la salutación matutina y ofrecerle delicada flor, parece prometerle con ello la realización de sus esperanzas, de sus ensueños, de sus deseos más ardientes. La obra de Klimsch respira frescura y gracia; es de esos cuadros que impresionan gratamente, y que sin obligar al espíritu á hondas meditaciones ni á profundos estudios, llevan á nuestra alma ese algo risueño, consolador, con que la poesía embellece la prosa de nuestra existencia.

En la playa, dibujo de Huertas.—Con justicia figura hoy el distinguido artista autor de esta obra en el número de nuestros primeros dibujantes. En sus producciones no ha de buscarse la exposición de ningún asunto trascendental ni el plan-

teamiento de uno de esos problemas que á la humanidad preocupan. Pero ¿acaso el arte se reduce á ser auxiliar de la cátedra? ¿por ventura el artista no tiene más misión que la de ser propagandista ó apóstol de una idea? Nada de esto: el arte lo comprende todo, y su verdadera finalidad consiste en hacernos sentir la belleza en sus múltiples manifestaciones. Y esta belleza donde mejor se muestra es en la naturaleza, en la realidad, y el artista que sabe verla, sentirla y expresarla, bien puede decirse que cumple como el que más los fines del arte. Huertas es uno de éstos; busca con acierto el asunto, lo observa con gran cuidado y lo reproduce con fidelidad, dando á sus composiciones todos los atractivos de la escena real que con tanto gusto ha sabido escoger y empleando las formas más justas y dentro de la verdad más simpáticas. ¿Qué mejor prueba de lo que decimos que su precioso dibujo *En la playa*? Es una página arrancada del natural, llena de vida y de luz; es la realidad misma trasladada al papel y embellecida con esos toques que revelan al artista poeta, es decir, al que sin salirse de lo que ve, logra presentárnoslo en su aspecto más agradable.

D. Carlos de Borbón.—Aunque oficialmente nada se ha dicho, todo el mundo da por concertada la boda de nuestra

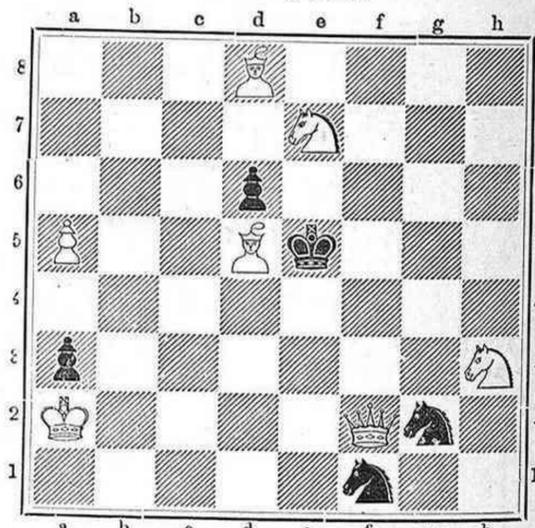


D. CARLOS DE BORBÓN hijo segundo del conde de Caserta (de fotografía)

princesa de Asturias con D. Carlos de Borbón, segundo hijo del conde de Caserta; y el hecho puede considerarse como indudable desde el momento en que los jefes de los partidos políticos y los periódicos más autorizados discuten públicamente acerca de la conveniencia ó inconveniencia de este enlace. Por esto tiene interés de actualidad el retrato que publicamos de D. Carlos, de quien sólo podemos decir que nació en Gries en 10 de noviembre, que es capitán honorario de Estado mayor del ejército español, y que es nieto del que fué rey Fernando II de Nápoles. El retrato de la princesa de Asturias no lo damos por haberlo reproducido ya en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

A campo traviesa, cuadro de Francisco Miralles.—El nombre de este celebrado pintor es bien conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en la que han podido ver reproducidas muchas de sus obras. La que hoy publicamos caracterízase por lo acertado de la composición, y sobre todo por la elegante factura, que constituye el sello que Miralles imprime en sus producciones.

AJEDREZ
PROBLEMA NÚMERO 206, POR W. A. SHINKMAN
NEGRAS (5 piezas)



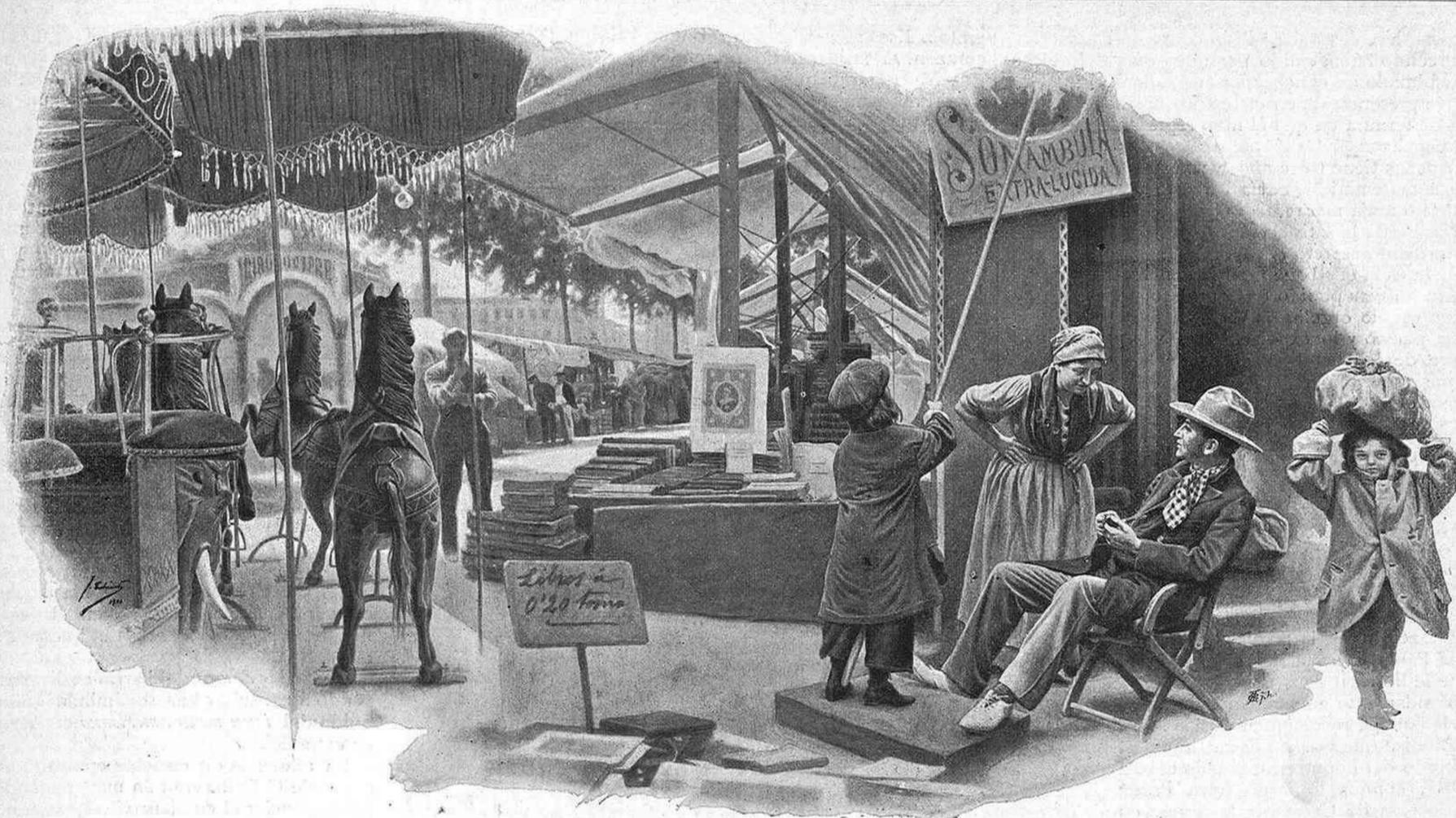
BLANCAS (7 piezas)
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 205, POR DR. S. GOLD

| | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D e1-h1 | 1. D toma D |
| 2. T e3-e4 | 2. Cualquiera. |
| 3. C ó A mate. | |

VARIANTES

| | |
|----------------------|-----------------------------|
| 1..... c4-c3; | 2. C b4-d3 jaque, etc. |
| 1..... D a8-c6; | 2. D h1-c6 jaque, etc. |
| 1..... D a8-f3 ó g2; | 2. D toma D ó T e3-e4, etc. |
| 1..... Otra jugada; | 2. D toma D, etc. |



En pleno *boulevard* Rochechouart, la sociedad *Caracol* y Compañía se había instalado con su casa-coche.

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Jorge soportaba aquellos elogios sin descubrir los verdaderos sentimientos que le agitaban.

Pero devoraba su rabia en secreto.

— ¡La hipócrita infame les engañaba á todos, como me engañaba á mí!, pensaba el obcecado marido.

Ni Carmen ni Roberto podían comprender el dolor que experimentaba cuando le hablaban de su esposa.

Creían á Elena muerta desde hacía siete años.

Pensaban que el tiempo debía haber calmado la violencia de su pena, transformando á ésta en un sentimiento de dulce aunque incurable tristeza, que el recuerdo mantiene con cierto encanto.

En el egoísmo de su pasión, los dos enamorados consideraban con inquietud aquella inquebrantable fidelidad de ultratumba.

¿Qué diría Jorge cuando su hermana, cuya viudez era tan reciente, le hablase de su próximo enlace con Roberto d'Alboize?

Su consentimiento era indispensable, si no ante la ley, ante las conveniencias sociales. Y estaban resueltos á pedirselo á la primera ocasión.

Roberto había opinado que nada debían ocultarle de lo ocurrido; que habían de revelarle sus largos amores y el nacimiento de su hijo, é insistir en la necesidad de regularizar una unión que nada había podido romper, ni el tiempo, ni la ausencia, ni la distancia, y que habían puesto á prueba las tempestades de su profunda y mutua pasión.

Carmen se había opuesto formalmente á aquella confesión general.

Conocía el carácter inexorable de su hermano.

Ninguna consideración hubiera podido hacerle transigir con el honor ó perdonar una falta, cualquiera que fuese la reparación que hubieran tenido.

Solía decir que la deshonra no se lava jamás.

Si supiese la verdad, no solamente no daría su consentimiento para su matrimonio, sino que surgiría tal vez entre el hermano y la hermana un rompimiento eterno.

Mejor era decir que el hijo de Roberto era el fruto de una falta juvenil, que no había podido repararse con el matrimonio.

Marcelino quería á Carmen como á una madre, y ella se había ocupado de su educación, prodigándole toda clase de cuidados desde su llegada á Cayena.

Ya la llamaba «mamá.»

Carmen no vacilaría en legitimarle, y esta conducta parecía tan natural á Kerlor, que éste no trataría de oponerse á ella.

Después de vacilar durante largo tiempo, Roberto concluyó por ceder.

No esperaban más que una ocasión favorable para hablar á Jorge.

Una noche, éste y Roberto contemplaban silenciosos el Océano desde la terraza.

Jorge recordaba una noche igual, en que Elena y él habían estado meditando juntos durante largo rato, á la orilla del mar de Bretaña, cerca de Penhoet, sin atreverse á declarar el uno al otro el amor que se tenían, cuando, de pronto, la mutua revelación de su afecto se escapó de sus labios.

¡Oh, admirables y embriagadoras emociones del amor!

Alzó los ojos, y su mirada se encontró con la de Roberto y leyó en ella las mismas emociones que él experimentara en el momento evocado entonces en su memoria.

Se sonrió con tristeza.

— Éste, al menos, está seguro de ser amado siempre, pensó.

Roberto había sorprendido la mirada y la sonrisa de Jorge.

Expresaban tanta benevolencia y tanta simpatía, que el oficial creyó que el momento y la ocasión de hablarle de sus proyectos eran oportunos.

— Mi querido Kerlor, dijo, su señora hermana me ha autorizado á dirigir á usted la petición que voy á tener el honor de hacerle. La amo tanto como es posible amar, y estoy seguro de que ella me corresponde de la misma manera. Ambos deseamos tener el asentimiento de usted para casarnos. ¿Consentirá usted, mi buen amigo Kerlor, en concederme la mano de Carmen?

— Cómo oponerme, mi querido amigo, replicó Jorge con una benévola sonrisa, á lo que seguramente Dios ha decidido? Ama usted á Carmen y Carmen le ama á usted. Lo adiviné en seguida. Desean ustedes que mi fraternal amistad bendiga en cierto modo su unión. Con mucho gusto lo haré. Ruego á Dios que les conceda toda la felicidad que les deseo y que ambos merecen. Continuarán ustedes por la senda de la

vida con la frente levantada, porque nada tienen en el pasado de que puedan avergonzarse, ni nada que deban temer en el porvenir. Aunque no estuvo enamorada de su marido, Carmen le fué fiel, porque así se lo mandaba su honra, y porque ningún Kerlor es capaz de mancharse con la mentira y el engaño... Sí, amigo mío, consiento con toda el alma en que usted sea su esposo.

Roberto se había estremecido á las últimas palabras de Jorge.

La franqueza de su carácter sufría un cruel castigo por el prometido silencio acerca de su pasado.

El capitán lo hubiera tal vez confesado todo, si Carmen y la señora d'Alboize no hubiesen aparecido de pronto en la terraza.

— Señora, dijo Jorge, su hijo acaba de pedirme la mano de Carmen. Indudablemente le habrá hecho á usted sus confidencias y contará con su consentimiento, como cuenta con el de mi hermana. Permítame, pues, que una sus manos y que les diga el placer que esto me causa.

Esto diciendo, puso la mano de su hermana en la del oficial.

— ¡Gracias, Jorge!., exclamó Carmen; desde el cielo, estoy segura, nuestra Elena nos bendice como tú. A estas palabras, Jorge se estremeció.

¡Elena!
¿A qué pronunciar aquel nombre en tan solemne instante?

El también había recibido y besado con efusión, en presencia de su madre, la mano de una prometida en quien tenía una fe ciega.

Aquel recuerdo, bruscamente evocado, fué demasiado doloroso.

Kerlor prorrumpió en sollozos y se fué.

El casamiento entre Roberto y Carmen verificóse algunos días después.

La ceremonia religiosa se celebró en la capilla del convento de Padres Maristas. Los novios la prefirieron á la catedral, á fin de revestir su boda de menos boato.

Sin embargo, toda la aristocracia de la colonia acudió al acto, con el objeto de dar á los esposos una prueba de respetuosa simpatía.

Jorge acompañaba á su hermana, resplandeciente de alegría.



En cambio, él estaba pálido como un cadáver. Marcelino había salido por unos días del colegio y era colmado de caricias por sus padres.

Jorge presenciaba, en el recinto del hogar, las escenas de ternura en que el niño representaba el principal papel.

— Apenas tiene trece años y ya es el primero en la clase de matemáticas, decía Roberto a Jorge.

Este no tenía más remedio que sonreírse y mostrar que compartía la satisfacción de sus hermanos. Pero ¡qué tormento secreto el suyo!

— Esta es la edad que tendría Fanfán, pensaba. Yo también hubiera podido tener un hijo, un hijo de que hubiese estado orgulloso. Vino un bastardo a usurpar su puesto y lo expulsé. Y me veo privado para siempre de los benditos goces de la paternidad... ¡Ah, miserable mujer! ¡También tú me habías jurado un amor eterno!.. También nosotros habíamos forjado ilusiones y acariciado esperanzas. ¡Infame! ¡Infame! ¡En qué lodo echaste aquellas esperanzas y aquellas ilusiones!

Nadie había adivinado los verdaderos sentimientos que experimentaba Kerlor.

Pero no se creyó con fuerzas bastantes para soportar durante mucho tiempo el incesante espectáculo de aquella dicha ajena, hermana de la que él había perdido.

Por tanto, tomó la resolución de volverse a Panamá, hasta que el olvido ó la muerte le librasen de aquel suplicio.

Profundamente emocionado, despidióse de la familia, recomendando a la señora d'Alboize que velase por sus hijos.

A bordo del buque en que marchaba a Panamá, contempló largo rato, desde popa, la casa de Carmen y la terraza en que se agitaban cuatro pañuelos.

Luego la costa fué perdiéndose en las brumas de la tarde.

Y cuando todo hubo desaparecido, Kerlor prorrumpió en sollozos.

¡Otra vez se quedaba solo, eternamente solo, en presencia de su implacable destino!..

III

LA VISIÓN DE UN MORIBUNDO

Desembarcó en Colón, tomó el tren y en llegando a Panamá se enteró de que Neville se encontraba en Greytown, donde la masa obrera desertaba del trabajo, por temor a la epidemia de fiebre amarilla que se había desarrollado en el país.

Jorge se fué a Greytown. Hospedóse en la mejor fonda, y la casualidad hizo que le diesen una habitación inmediata al cuarto en que Neville se estaba muriendo de la fiebre.

Kerlor le prodigó los únicos cuidados que estaban a su alcance.

— ¡Voy a morir a los treinta y siete años...! lejos de ellas... de mi pobre querida mujer, de mi hija adorada!, decía el moribundo, cuyo triste aspecto, en aquel miserable lecho de fonda, cubierto de sangre y de vómitos de repugnante fetidez, inspiraba a Jorge una compasión inmensa.

— ¡Pobre amigo mío!, exclamó éste llorando. — Por ellas, te lo he dicho otras veces, sólo por ellas me impuse esta vida de penoso trabajo y de incasantes peligros. Creí que la suerte me favorecería, porque amo y soy amado. Toma, en esa maleta están sus cartas. Mi hija tiene ahora doce años... ¡Pobre niña!..

Detúvose un instante falto de respiración.

— ¡Tengo sed! ¡Dame agua!

Después de haber bebido continuó:

— Eramos pobres, pero ¡tan felices! Yo era ingeniero en Beziers... Nuestra casita, situada en uno de los arrabales, estaba rodeada de árboles y flores... Hasta diciembre teníamos rosas. Mientras yo trabajaba en mi despacho, mi mujer entraba muy quedo con su labor y esperaba que yo levantase la cabeza para obtener una sonrisa mía en pago de la suya y un beso en pago de otro beso... ¡Me abraso!.. ¡Dame agua!

Jorge obedeció en silencio.

No podía hablar. Se le había formado un nudo en la garganta.

— Y cuando nuestra hijita vino al mundo, ¡qué alegría!, continuó el moribundo. ¿Tú también tienes un hijo, verdad, Jorge? ¿Lloras? ¿Por qué lloras?..

— ¡Mi hijo murió!

— Perdona a un moribundo que te haya causado pena... Aunque hablar de un hijo siempre debe ser

grato... Esos recuerdos son como un bálsamo para el corazón. ¿Y la madre de tu hijo?..

— Murió también. — ¡Pobre amigo! Pero te queda la patria, donde al menos tú podrás ir a vivir, mientras que yo muero aquí...!

Jorge no pudo contestar. De pronto, el enfermo tuvo una crisis... violentos espasmos agitaban su pecho.

Era el fin, inevitable, fatal, casi inmediato. El moribundo cayó postrado en la almohada, y desde aquel momento empezó la agonía...; agonía horrible, durante la cual el desdichado, conservando su conocimiento, carecía de fuerzas para expresar sus ideas.

Dos palabras acudían a sus labios, como campanadas de muerte:

— ¡Mi mujer!.. ¡Mi hija!.. ¡Mi mujer!.. ¡Mi hija!..

Jorge, sobrecogido de espanto, contemplaba fijamente al moribundo, repitiendo con él:

— ¡Mi mujer!.. ¡Mi hijo!..

¿Qué nuevos pensamientos evocaron en su espíri-



Contempló largo rato la casa de Carmen

tu estas dos palabras durante aquella terrible noche? ¿Pensó, acaso, que se había extralimitado en sus derechos de justiciero, hiriendo a una mujer en su hijo, é hiriendo a un niño en lo más sagrado, en el alma?

¿Pensó, acaso, que la venganza sólo pertenece a Dios, y que el perdón de un ultraje atrae el perdón de Dios mismo?

Neville expiró al amanecer, con la mano en la de Jorge. Su último balbuceo y su última mirada recomendaban al amigo la viuda y la huérfana.

Una vez cumplidos los fúnebres deberes para con su socio y confiadas sus vastas empresas a seguras manos, Jorge se embarcó para Francia.

Y paseándose por la cubierta del buque, en el momento de salir de Colón, sombrío, con la mirada extraviada, murmuraba también, casi a pesar suyo, como el infeliz a quien acababa de enterrar:

— ¡Mi mujer!.. ¡Mi hijo!..

CUARTA PARTE

El lazo de unión

I

TUTE DE BANDIDOS

La feria de Montmartre estaba en su apogeo. Desde la plaza de Moncey hasta la Villette, el *boulevard* exterior formaba varias calles de tiendas, barracones, tíovivos, casas de fieras, espectáculos é industrias de toda clase, que ensordecían a los transeuntes y al vecindario con sus clamores endiablados y sus músicas infernales, con los rugidos de las fieras y el charlatanismo desesperado de los acróbatas.

En medio de aquel tumulto, en pleno *boulevard* Rochechouart, la sociedad *Caracol*, Panuflo, Ceferina y Compañía se había instalado con su casa-coche.

Una mañana, poco antes de las once, el matrimonio se hallaba sentado a la mesa cubierta de manjares.

— Sí, decía Ceferina, ya sabemos que eres más listo que yo. Pero yo soy mujer, y ya sabes que las mujeres huelen una porción de cosas que los hombres no adivinan... Ya verás cómo tendremos algún disgusto a causa de Isidoro.

— ¡Calla, mujer! Eso lo dices porque estás celosa. — ¡Celosa!, ¡yo! ¿Y por qué?

— ¡Yo qué sé!

— No, pero me indigna ver que no hace caso de nosotros, desde que estamos en París... Se pasa la vida con las mujeres más relajadas del barrio y no quiere trabajar, so pretexto de que ganó algunos cuartos en Moisten.

— ¡No hables de eso!

— Por eso parece despreciarnos... después que le hemos dado albergue, tratándole como de la familia... Es un ingrato y un ambicioso. Quiere hacerse jugador de oficio... Yo sé que toma lecciones para aprender a hacer todas las trampas...

La verdad es que Isidoro abandonaba casi por completo a sus socios para entregarse nuevamente a la vida chulesca de años atrás.

Sin embargo, su domicilio legal era el coche de la sonámbula, donde aportaba de vez en cuando su concurso.

Le llamaban el *magnetizador americano*. Y las noches en que substituía a *Caracol* para sumir a Ceferina en el sueño magnético, eran noches de buena entrada.

Todas las *damas* del barrio se divertían yendo a consultar una sonámbula que el fluido del *buen mozo americano* convertía en extralúcida.

La afluencia de curiosos en torno del coche de Ceferina era aún mayor cuando, para anunciar el comienzo de las sesiones de sonambulismo, el reclamo del estrado era hecho por *Caracol*, Claudinet y Fanfán.

Fanfán era el que cosechaba más aplausos y pescaba más clientes.

Sin sospecharlo, se había hecho maestro en el arte del charlatanismo.

Claudinet, con su rostro pálido y demacrado, era el lamentable Juanico de siempre, sobre el que llovían sátiras y bofetones.

Pero Fanfán evitaba hábilmente muchos golpes a su amiguito.

Hacía reír a la gente cuando desarmaba con algún chiste, aunque grosero, la fingida cólera de *Caracol* contra el pelele.

En otras ocasiones, cuando éste iba a ser castigado por alguna supuesta falta, Fanfán intervenía vivamente, cantando alguna canción vulgar de las que le enseñara Panuflo, con gestos y entonaciones sumamente cómicos.

Poco a poco y a pesar de la instintiva resistencia de su buen natural, las lecciones de *Caracol* y de Panuflo habían hecho mella en el alma del niño.

Aún no se había pervertido su corazón, pero la duda había penetrado ya en su espíritu.

Sin guía, a esa edad en que los extravíos son tan fáciles, aun en los hijos afortunados que crecen bajo la vigilancia de un padre y una madre, vacilaba con frecuencia entre lo que su conciencia le inspiraba y el mal que sus maestros le indicaban como un bien.

Pero a menudo Fanfán se rebelaba contra el vicio, y entonces llegaba a inspirar serias inquietudes a sus verdugos.

Éstos adivinaban que el niño recordaba, en aquellos momentos, la siniestra noche en que oyó el grito de agonía del hombre asesinado por Isidoro, la huída a escape a favor de las tinieblas y las manchas de sangre en la ropa quemada por Ceferina.

En vano había procurado borrar en su espíritu aquel terrible incidente, el niño había contestado siempre a sus mentirosas insinuaciones sobre el particular con una amarga sonrisa, demostrando que no olvidaba.

Permanecía pálido, con los ojos muy abiertos, como si conservasen la horrible visión.

— ¿Veis qué aire tan extraño?, decía *Caracol* con profunda alarma a sus cómplices.

Y el niño, durante las largas horas ociosas del día, sentado enfrente de aquellos miserables, sin decir una palabra, con los labios temblorosos y los dientes apretados, frunciendo el ceño, les seguía sin cesar con una mirada tan obstinada y tan dura, que alguno de ellos, exasperado, concluía por decir:

— ¿Hasta cuándo vas a estar examinándonos de ese modo? ¿Tenemos monos en la cara?

— Amigo *Caracol*, dijo Panuflo; ese malestar ridículo que Ceferina y tú experimentáis en esos momentos, es simplemente lo que los imbéciles llaman

remordimientos. Cuando se padece esa enfermedad, se le figura á uno que todo le habla de la cosa. El gorrion que pía, parece llamarle «¡ladron!» El perri- to que ladra, le grita: «¡Au!, ¡au!, ¡asesino!»

— ¡Es verdad!, dijo con angustia Ceferina, horro- zada de aquella evocación y mirando á *Caracol* que se ponía tan pálido como ella.

— Pero cuando está uno hecho al trabajo de bistur- í, continuó diciendo Panufllo, está exento de seme- jante enfermedad.

— Pero el caso es que Fanfán está enterado y no olvida...

— ¿Qué?

— La... lo de Moisdon...

— ¡Qué va á saber! No vió nada. Ni siquiera sabe el nombre del pueblo. Además, si hubiese algo que temer de él, no tienes más que hacerlo encerrar en la Roquette.

— ¡En la Roquette!

— Sí, por vía de corrección paterna. Está persua- dido de que es hijo tuyo y de que tu esposa es su madre. Tranquilízate. El chico se acuerda tanto de su primera infancia como yo del primer vaso de vino que bebí en el mundo.

— Eso creo yo también.

— Pues no vayas á creerle tan desnaturalizado, que sea capaz de vender á su padre. Respondo de él.

Aunque algo tranquilizados por las palabras de Panufllo, *Caracol* y Ceferina resolvieron tratar á Fan- fán con dulzura, ó con lo que entendían por tal.

Porque cuando el niño se sublevaba contra el en- vilecimiento en que querían sumirlo, la cólera de sus verdugos estallaba, y olvidándose de toda prudencia, los dos bandidos se vengaban de sus terrores con odiosas brutalidades.

Lo que con más frecuencia provocaba semejantes escenas era la intervención de Fanfán en favor de Claudinet.

A pesar de los cuidados de su amigo, el pobrecito tísico iba de mal en peor.

Caracol calculaba los meses y aun las semanas que le faltaban para cobrar la herencia del pobre niño.

El capital depositado en la notaría se había acre- centado, y Ceferina y *Caracol* esperaban retirarlo para administrarlo por sí mismos.

No daban al enfermo ninguna medicina.

— Es dinero perdido, decía Ceferina, puesto que no tiene remedio.

Pero Fanfán lo arrostraba todo para aliviar un poco los sufrimientos de su amigo.

Había continuado comprándole siempre en secreto el saludable aceite de hígado de bacalao y todas las medicinas que oía recomendar para las enfermedades del pecho.

— Si aún vivo, á ti te lo debo, Fanfán..., decía Claudinet. ¡Ah, si, á mi vez, pudiese yo hacer algo por ti!

Una mañana en que el niño se hallaba á cierta distancia de su casa ambulante, un carretero le su- plió que le ayudase á descargar un carro.

Fanfán se prestó gustoso.

Era muy fuerte para su edad, muy ágil y diestro, y trabajó tan bien en aquella ocasión, que el cliente del carretero, encantado de la viveza y buena volun- tad del niño, le dió dos francos.

— ¡Qué bien!, pensó Fanfán. Se acabó el aceite y voy á poderle comprar otra botella á Claudinet.

Evitando que le vieran sus verdugos, corrió á la farmacia.

Mientras le despachaban, estuvo observando á un caballero de cierta edad, vestido de negro, que ha- blaba con el boticario.

— Era imposible cuidar á ese niño en su casa. Por esto, le he enviado inmediatamente al hospital, á pe- sar de la oposición de la madre, que á toda costa le quería tener á su lado. En su casa, hubiera muerto en menos de un mes; en el hospital, curará con se- guridad, sin que cueste nada á la familia.

¡Cómo! ¡Aquel señor tenía derecho á enviar niños al hospital!, ¡un sitio donde les curaban gratis, por grave que fuese su enfermedad!

Entonces quizá podría enviar á Claudinet, que es- taría bien cuidado y tal vez recobraría la salud.

Revisiéndose de valor, Fanfán le dijo al descono- cido:

— Caballero, usted dispense si cometo una indis- creción. Dice usted que envía niños enfermos á sitios donde les curan. Yo conozco uno que está muy malo. Es casi mi hermanito y le quiero como tal. Se llama Claudinet... Este aceite de hígado de bacalao es para él. Es un chico muy bueno y muy honrado. Y tose que es una desesperación. Usted lloraría, como yo, si viese lo que sufre...

El médico se fijó en el niño, cuya voz temblaba de emoción.

Le chocó aquella fisonomía tan franca, con aque-

llos ojos de una dulzura infinita y aquella frente en que se leían los buenos sentimientos del alma, y de súbito experimentó una viva simpatía por su peque- ño interlocutor.

— ¿Por qué los padres de tu amiguito no piden que lo admitan en el hospital?

— Tal vez no saben que haya establecimientos de esa especie. Dice que la enfermedad de Claudinet no tiene remedio, y yo le doy á escondidas el aceite de hígado de bacalao porque oí decir que esto le ali- viaría.

— ¿Y quienes son sus padres?

— Papá se llama *Caracol* y mamá Ceferina. Mi mamá es sonámbula. Nuestro coche está ahí cerca, en el *boulevard*.

Al oír aquellos nombres y enterarse de la profesión de tales gentes, el doctor hizo un gesto de desagrado. Permaneció un instante silencioso, examinando con atención la cara del niño.

— ¿Y tú, cómo te llamas?

— Fanfán.

— ¿Y dices que Claudinet no es hermano tuyo?

— No, señor: es huérfano y fué acogido por su tío, que es mi papá.

El doctor miró la hora en su reloj.

— Aún tengo tiempo, dijo; y añadió, dirigiéndose á Fanfán: acompáñame, muchacho; me haré cargo de la gravedad de la dolencia de tu amigo, é indica- ré á sus tíos los medios de hacerle admitir en el hos- pital.

— ¡Gracias, caballero!, contestó el niño con lágrimas en los ojos y con tal expresión de gratitud, que conmovió al doctor.

Pero, de pronto, una idea cruzó por la mente de Fanfán.

Detúvose en el momento de abrir la puerta y dijo con timidez:

— No sé cómo pedirle á usted una cosa, caballe- ro... Si, en vez de ir conmigo, pudiese ir solo...

— ¿Por qué?

— Porque temo que papá *Caracol* se enfade con- migo por haberme metido en hacer curar á Claudi- net. Como me pega cada vez que me sorprende dan- do al enfermo algún remedio, quizá sería peor si yo le acompañase á usted.

— ¡Diablo!, murmuró el doctor; razón de más para que yo vaya á examinar al enfermito. ¿Verdad, señor Durán?

— Así lo creo, contestó el boticario. Y, en caso de resistencia, su título de médico de la Beneficencia y de inspector del trabajo de los niños le da derecho y poder bastante para prescindir de la voluntad de esa gente.

— Anda, muchacho; dentro de un momento visi- taré á tu amigo Claudinet, y le cuidaré si lo necesita.

Fanfán volvióse contento al coche.

Precisamente aquel día Claudinet se encontraba mal.

Tristemente sentado en su camastro, soportaba sin resuello las invectivas con que le abrumaban *Caracol* y Ceferina.

Ambos estaban de muy mal humor.

Hacía tres días que no habían visto á Isidoro.

Las entradas de la sonámbula se habían resentido de aquella ausencia, y como ya no eran muy considerables los beneficios, la pareja estaba rabiosa.

Además — y esta era la cuestión princi- pal — *Caracol*, ejerciendo su honrado ofi- cio de amolador, había descubierto un «magnífico negocio.»

Sabía muy bien á quién dirigirse para «vender el golpe;» pero el negocio era tan bueno y fácil, que prefería obrar por cuenta propia con Panufllo.

Ceferina y él rabiaban.

Y descargaban toda su cólera sobre el desdichado sobrineto.

La entrada de Fanfán — que había ocul- tado en sitio seguro su botella — desvió la rabia de la miserable pareja.

— ¿De dónde vienes?, le preguntó *Ca- racol*.

— No tenía nada que hacer y fuí á dar una vuelta por ahí. Por eso me he ratrasado un poquito.

— ¡Nada que hacer!, rugió Ceferina. ¿Y el arreglo de la casa? ¿Y el almuerzo?

Y dando una bofetada al niño, añadió:

— Para que sepas que aquí no falta trabajo.

En esto, Ceferina tenía razón.

El interior del coche estaba asqueroso.

De toda aquella porquería se desprendería una fetidez que realmente daba náuseas.

Además, la atmósfera que rodeaba al coche ape- taba también.

Todos los expendedores é industriales de la feria se disponían á almorzar, y de las cocinas improvisa- das al aire libre se exhalaban olores de toda clase de guisos y frituras en medio de una humareda sofo- cante.

— Voy á llegarme hasta la taberna de enfrente á preguntar si han visto á Panufllo, dijo *Caracol*.

— Sí, sí, pero no tardes. El almuerzo va á estar listo... ¡Anda! ¡camastrón!, añadió Ceferina sacudien- do á Claudinet. ¡Levántate y ve por agua! ¡Demonio, mis cebollas se quemán!.. Y tú, Fanfán...

En esto vió á *Caracol* que permanecía inmóvil á la puerta del coche, pálido, fija la mirada llena de terror en un grupo formado por un caballero de traje negro y corbata blanca y dos guardias de orden pú- blico, quienes, después de haber conversado un ins- tante, se dirigían hacia él.

— ¿No vas?, le gritó Ceferina.

— ¡Mira quién viene ahí!, dijo el marido trastorna- do á su mujer. ¡Dos guindillas y el comisario! ¿Qué nos querrán?

— ¡El comisario!, murmuró Ceferina con tal espan- to que le faltaba la voz.

No tuvieron tiempo de hablar más.

El caballero de la corbata blanca subió la escaleri- lla del coche, en tanto que los dos guardias continua- ron paseándose con fingida indiferencia, sin alejarse.

Caracol se equivocaba.

Aquel señor no era el comisario de policía: era el médico.

Éste había tomado la precaución de avisar á dos agentes de orden público, á fin de cortar toda discu- sión que pudiera suscitarse.

En el barrio, todo el mundo le conocía.

— Soy médico inspector, encargado de la vigilancia del trabajo de los niños. He sabido que tienen uste- des un niño enfermo, y vengo, en nombre de la ley, á ver si recibe los cuidados necesarios y á cerciorar- me de que el trabajo que se le impone no es superior á sus fuerzas.

Caracol se tranquilizó.

Se trataba de una tontería, de una inspección mé- dica.

Contuvo á Ceferina que iba á salirse con un ex- abrupto, declarando que á nadie le importaban los asuntos de su casa.

Caracol estaba por los medios conciliadores.

— Señor doctor, no me ofende su visita. Cada cual vive de su profesión... Pero á usted le han engañado. Algún rival nos habrá denunciado por envidia. Te- nemos un enfermo, es verdad, pero este enfermo tie- ne simplemente un resfriado y es nuestro propio sobri- no... Con esto, dicho está que le cuidamos como las niñas de los ojos.

Al médico no le sorprendió la abominable sucie-



Fanfán era el que cosechaba más aplausos

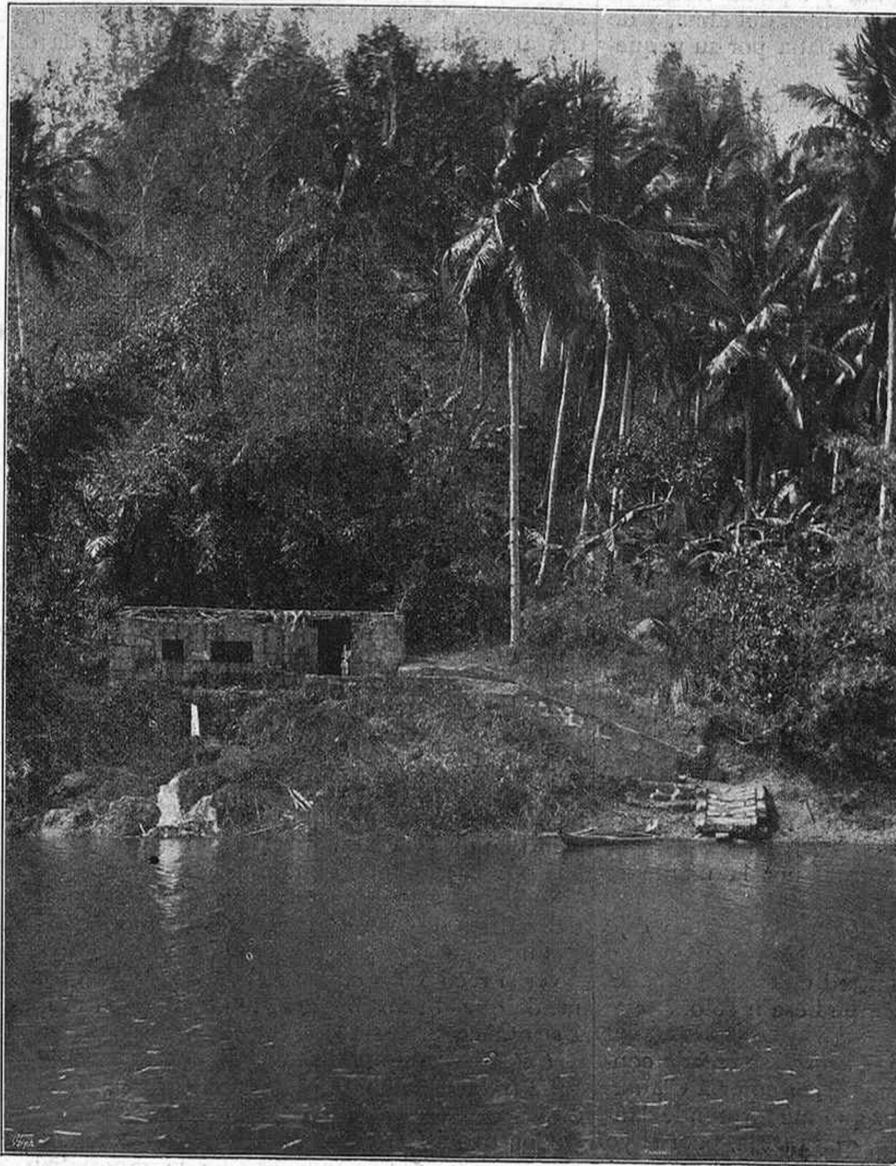
dad que reinaba en el interior de aquel coche en que vivían y dormían hacinadas cinco personas.

Estaba acostumbrado á ver semejantes miserias. Pero le impresionó la bestialidad impresa en el rostro de *Caracol* y de Ceferina; bestialidad estúpida en esta última; unida á la astucia y á la cobardía en el hombre.

A primera vista se dió cuenta también de la im- placable enfermedad de Claudinet. No tuvo necesi- dad de auscultarlo siquiera.

(Continuará)





ISLAS FILIPINAS. — ISLA DE LUZÓN. Provincia de la Laguna. — Pintoresco paisaje en donde se encuentra el manantial denominado Bumbunga, á orillas del río Pagsanján (de fotografía de M. Arias y Rodríguez)

ISLAS FILIPINAS

ISLA DE LUZÓN. — MANANTIAL DENOMINADO BUMBUNGA

VISTA DEL PUEBLO DE NAGCARLANG Y DE LOS MONTES DE SAN PABLO

(Fotografías de M. Arias y Rodríguez. — Prohibida su reproducción)

Los grabados que en esta y en la siguiente página publicamos, reproducciones de fotografías remitidas por nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez, permiten formarse completa idea del carácter pintoresco que ofrece, como todas las que componen el archipiélago filipino, la isla de Luzón. La vegetación es allí, como se ve, exuberante, formando espesos bosques, en muchos de los cuales aún no ha logrado penetrar el hombre civilizado, y los poblados tienen verdadero interés, no sólo desde el punto de vista etnográfico, es decir, no sólo para el sabio, sino además para el viajero simplemente curioso. Aquellas viviendas típicas, aquellos habitantes entre quienes la cultura apenas ha podido introducir sus más rudimentarias conquistas, y aquellos usos y costumbres extraños, tan distintos de los que se observan en los pueblos cuya existencia marcha al compás del progreso, son otros tantos elementos dignos de observación y de estudio.

El grabado referente al pueblo de Nagcarlang es, por otra parte, interesante como nota de actualidad, porque en aquellos sitios es donde operan las fuerzas filipinas al mando del general Kaillé, que es el caudillo que con más simpatías cuenta, por sus ideas y sentimientos humanitarios y por la severidad con que castiga los menores atropellos cometidos por sus tropas, y que constituye al presente la primera figura del campo revolucionario por la habilidad con que combate á los yanquis.

El manantial Bumbunga brota junto al río Pagsanján; sus aguas termales son de efectos milagrosos, pudiendo ser consideradas como una de las principales riquezas naturales de aquella isla.

LOS PROYECTILES HUMANITARIOS EN LAS GUERRAS

RECIENTES Ó ACTUALES

Sabido es que las balas modernas han sido desde su aparición calificadas de humanitarias; las experiencias que hasta ahora han podido realizarse son suficientes para que pueda juzgarse si en realidad merecen tal calificativo.

El examen crítico de los documentos publicados, así sobre la guerra hispano-americana como sobre la anglo-boer, demuestra que es preciso distinguir entre los que mueren en el campo de batalla y los que fallecen á consecuencia de las heridas recibidas.

Respecto del primer punto, según los datos proporcionados por el Ministerio de la Guerra de Londres, los ingleses cuentan un muerto por cada cinco heridos, proporción igual á la medida de las anteriores guerras, puesto que en Solferino tuvieron los franceses un muerto por cada cinco heridos y durante la guerra franco-prusiana presentan igual proporción los alemanes.

Delante de Santiago de Cuba la proporción entre muertos y heridos, en los

diversos grupos americanos que entraron en combate, varió de uno por siete á uno por tres, lo cual da la misma cifra media de uno por cinco.

De ello se deduce que los proyectiles humanitarios modernos matan tanto como los antiguos.

Pero, en cambio, es indudable que los fallecimientos consecutivos á los heridos son mucho más raros, resultado al que contribuyen dos factores: de una parte, los progresos de la cirugía, que se ha hecho antiséptica gracias á los estudios y esfuerzos de Lister y Pasteur; y de otra, la índole de los mismos proyectiles que, cuando no afectan á un órgano indispensable para la vida, producen realmente heridas mucho menos complicadas que las antiguas.

En Africa, en algunos hospitales, el 40 por 100 de los heridos ha podido reingresar en las filas después de un tratamiento de cinco semanas por término medio; de suerte que habían sido insuficientemente heridos por los boers, porque el objetivo de toda herida por proyectil es, si no matar, por lo menos poner al individuo herido en la imposibilidad de volver á tomar las armas durante la campaña, es decir, durante un período mínimo de seis meses.

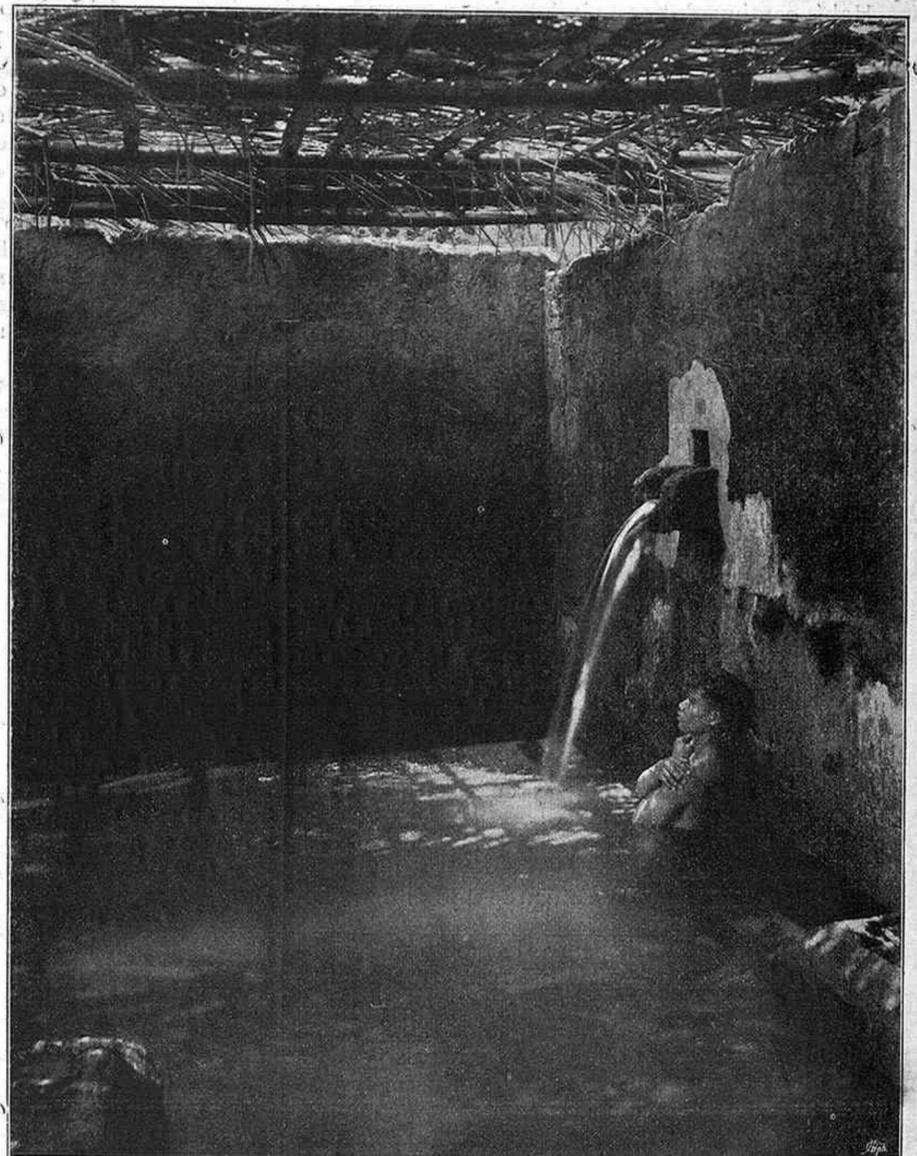
Pero en el curso de la guerra chino-japonesa más del 30 por 100 de los heridos japoneses volvieron á prestar servicio, lo cual permitiría deducir que las grandes balas de los chinos merecen igualmente el nombre de humanitarias; mas en este punto es en donde aparece la preponderancia de la cirugía moderna.

En el mismo orden de ideas debe notarse también la poca eficacia de la artillería moderna.

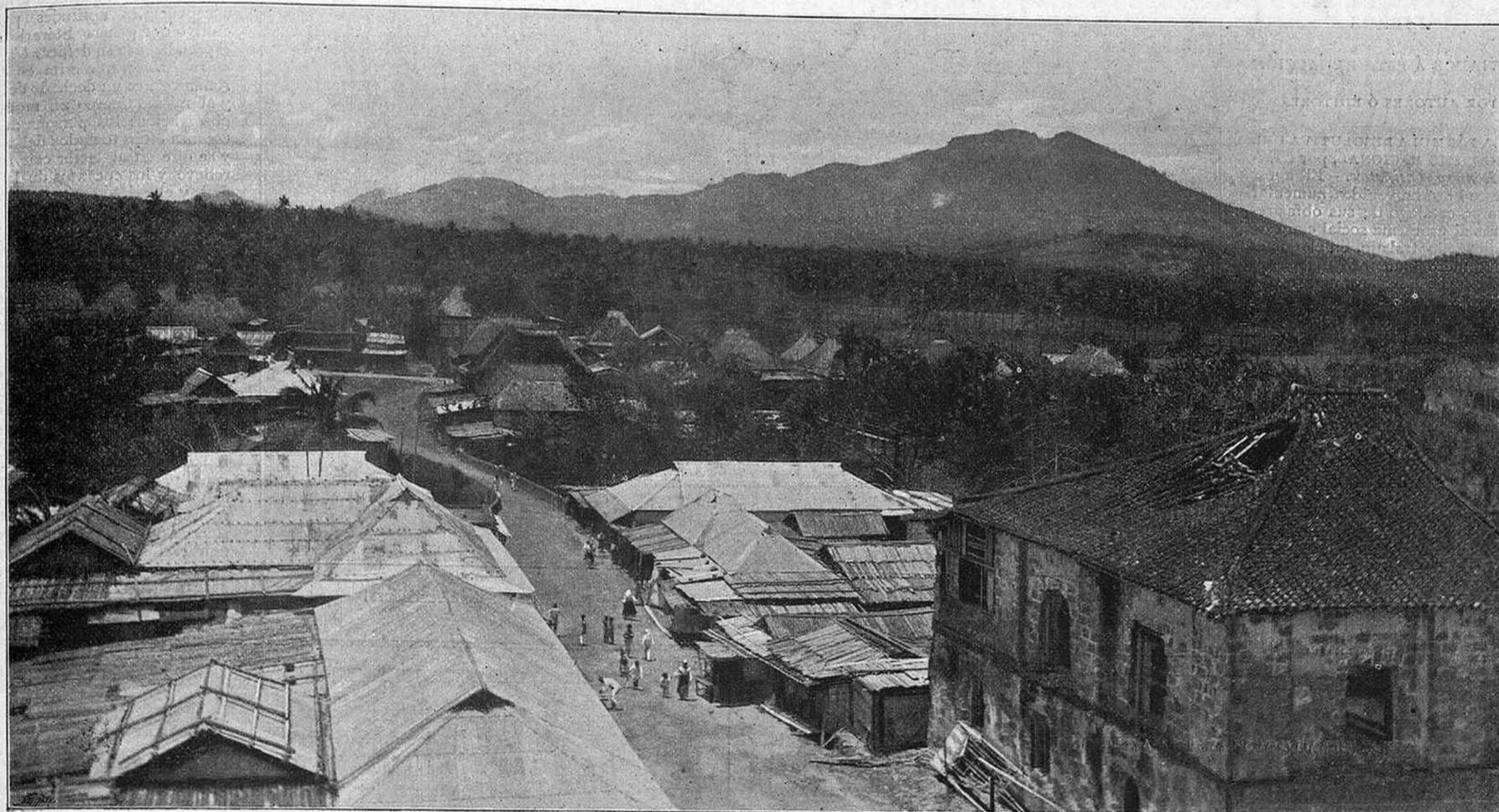
Mientras en Crimea correspondía á esta arma el 43 por 100 de los heridos, en la guerra franco-prusiana la proporción para los franceses fué de 25 por 100; y según el ilustre cirujano inglés Mac Cormac, 1.000 obuses ingleses sólo mataron á 12 boers é hirieron á 40. En Colenso, después de dos días de bombardeo, los boers sólo tuvieron cinco muertos, y en Paardeberg, Cronje y sus 4.000 hombres resistieron por espacio de diez días el fuego de 120 cañones ingleses, es decir, un cañón por cada 33 boers, y sin embargo, no hubo entre éstos más que 120 muertos.

UNA GRANJA DE MARIPOSAS

Mr. Guillermo Watkins, entomólogo, cuyos trabajos científicos son muy apreciados en Inglaterra, es indudablemente el primer naturalista que ha concebido la idea de dedicarse á la cría de mariposas en grande escala. Desde hace diez años su establecimiento de Eastbourne proporciona millares y millares de esos bonitos insectos alados, no sólo á los coleccionistas particulares, sino que también á los diversos jardines zoológicos del antiguo y del nuevo mundo. Además ha fundado en los *Zoological Gardens* de Londres una interesante sección entomológica, en la que se encuentran tal vez las más hermosas mariposas del mundo entero. La «granja de las mariposas», como la llama su fundador, ocupa, muy cerca de la costa Sur de Inglaterra y en un sitio debidamente al abrigo de los vientos de alta mar, una superficie de 4.000 metros cuadrados, siendo en realidad como un vasto jardín lleno de flores y árboles raros, rodeado de un alto enrejado y en donde vuelan en libertad cerca de un millón de mariposas de diversas especies. Algunos de estos maravillosos insectos, colocados en cajas de cristal, no valen menos de 50.000 pesetas.



ISLAS FILIPINAS. — ISLA DE LUZÓN. Provincia de la Laguna. Interior del manantial denominado Bumbunga (de fotografía de M. Arias y Rodríguez)



ISLAS FILIPINAS. - ISLA DE LUZÓN. PROVINCIA DE LA LAGUNA. - VISTA PARCIAL DEL PUEBLO DE NAGCARLANG Y GENERAL DE LOS MONTES DE SAN PABLO (de fotografía de M. Arias y Rodríguez)

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DRORIAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE



Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores
 Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base
 de goma y de abacoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de
 carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el
 hierro es un auxiliar precioso en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda,**
Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

EL APIOL de los **DRES JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA FÓRMULA RESOLUTIVA DEL SOCIALISMO RACIONAL, por *Ubaldo Romero Quiñones*.— El autor de este libro ha venido á aumentar el largo catálogo de sus obras relativas al problema social con este concienzudo trabajo, en el que el Sr. Romero Quiñones demuestra una vez más, así lo levantado de los propósitos que le animan, como el estudio que de tan importante y trascendental cuestión ha hecho. Su libro merece ser leído por cuantos se preocupan del perfeccionamiento moral y material del individuo y de la sociedad. Impreso en Madrid, en la imprenta Moderna, se vende á dos pesetas.

UNA BODA ENTRE BATURROS, novela festiva en verso por *Alberto Casañal Shakery*.— En varias ocasiones nos hemos ocupado del distinguido escritor aragonés señor Casañal Shakery, autor de los celebrados *Cuentos baturros*, *Cantares baturros* y otros trabajos de análoga índole. Su última obra es



A CAMPO TRAVIESA, cuadro de Francisco Miralles (Exposición Robira, calle de Escudillers)

una nueva demostración de sus excepcionales aptitudes para el cultivo del género literario á que especialmente se dedica: *Una boda entre baturros*, escrita en fáciles romances, es un dechado de gracia y al mismo tiempo un modelo de observación; los personajes y las escenas están tomados del natural y se ofrecen al lector con todo el relieve y los encantos de la realidad, y el relato está esmaltado de chistes de la mejor ley. El libro, impreso en Zaragoza en el establecimiento tipográfico de la Derecha é ilustrado por Ibáñez, se vende á 1'50 pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Práctica de Farmacia, periódico quincenal barcelonés; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *Idearium*, revista quincenal ilustrada granadina; *El Arte Militar*, revista quincenal para las clases de tropa que se publica en Burgos; *Claruscuro*, revista semanal ilustrada de la Coruña; *La temporada en Mondríz*, publicación semanal; *Por la mujer*, revista mensual ilustrada de la Habana; *El Peruano*, boletín oficial del Perú.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los *Males de la Garganta*, *Extinciones de la Voz*, *Inflamaciones de la Boca*, *Efectos perniciosos del Mercurio*, *Irritación que produce el Tabaco*, y especialmente á los *Sñrs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES* para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con *BISMUTHO y MAGNESIA*
Recomendados contra las *Afecciones del Estómago*, *Falta de Apetito*, *Digestiones laboriosas*, *Acedias*, *Vómitos*, *Eructos*, y *Cólicos*; regularizan las *Funciones del Estómago* y de los *Intestinos*.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS REYES
JORET-HONOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
FARMACIA BIANCHI 150 R. RIVOLI
PARIS
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

El único Legítimo
VINO DEFRESNE

con **PEPTONA**
es
el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf
Y EN TODAS FARMACIAS.

PÍLDORAS BLANCARD

con *Yoduro de Hierro inalterable*
Aprobadas por la *Academia de Medicina de Paris*, etc.
Contra la *ANEMIA*, la *POBREZA de la SANGRE*, el *RAQUITISMO*
Exigir el producto verdadero y las señas de *BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.*

PÍLDORAS BLANCARD

con *Yoduro de Hierro inalterable*
Aprobadas por la *Academia de Medicina de Paris*, etc.
Contra la *ANEMIA*, la *POBREZA de la SANGRE*, el *RAQUITISMO*
Exigir el producto verdadero y las señas de *BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.*

PÍLDORAS BLANCARD

con *Yoduro de Hierro inalterable*
Aprobadas por la *Academia de Medicina de Paris*, etc.
Contra la *ANEMIA*, la *POBREZA de la SANGRE*, el *RAQUITISMO*
Exigir el producto verdadero y las señas de *BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.*

CEREBRINA
REMEDIÓ SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS

Suprime los *Cólicos periódicos*
E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el *Jarabe Laroze* se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las *gastritis*, *gastraljias*, *dolores y retortijones de estómago*, *estreñimientos rebeldes*, para facilitar la *digestión* y para regularizar todas las *funciones del estómago y de los intestinos*.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las *enfermedades del corazón*, la *epilepsia*, *histeria*, *migraña*, *baile de S.-Vito*, *insomnios*, *convulsiones* y tos de los niños durante la *denticion*; en una palabra, todas las *afecciones nerviosas*.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Cura por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas *Afecciones del Corazón*, *Hydropesias*, *Toses nerviosas*; *Bronquitis*, *Asma*, etc.
Empleado con el mejor éxito

Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
El mas eficaz de los *Ferruginos* contra la *Anemia*, *Clorosis*, *Empobrecimiento de la Sangre*, *Debilidad*, etc.
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Argotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección ipodermica. Las *Grazeas* hacen mas fácil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas*.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^o, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las *RAICES* el *VELLO* del rostro de las damas (*Barba*, *Bigote*, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero); Para los brazos, empleese el *PILA VOLE DUSSEY*, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN